

Don Juan Tenorio
Drama religioso-fantástico
en dos partes

JAK

1182250

80/76/11

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
UFR-RP

Al señor

DON FRANCISCO LUIS DE VALLEJO

*en prenda de buena memoria,
su mejor amigo.*

JOSÉ ZORRILLA*

Madrid, marzo de 1844.

* Después de veintiún días de creación, el 21 de febrero de 1844, Zorrilla entregó el manuscrito de su *Don Juan* al empresario Carlos Latorre. Su estreno tuvo lugar el 28 de marzo en el Teatro de la Cruz. Latorre hizo el papel de don Juan; Bárbara Lamadrid el de doña Inés; Lumbreras el de Mejía; Pedro López el de Comendador; Calatañazor el de Ciutti. Para el 18 de marzo ya había vendido los derechos de autor al editor Manuel Delgado. Un mes más tarde regaló el manuscrito original a su amigo Aureliano Fernández Guerra con esta dedicatoria: «A su buen amigo el Sr. D. Aureliano Fernández Guerra ofreció este borrador en muestra de franco aprecio, José Zorrilla. Madrid, abril 27/44.» Hoy día el autógrafo es propiedad de la Real Academia Española. La edición del drama lleva esta dedicatoria: «Al señor Don Francisco Luis de Vallejo en prenda de buena memoria, su mejor amigo, José Zorrilla. Madrid, marzo de 1844.» Paco Vallejo fue corregidor de Lerma (Burgos). Zorrilla le conoció a los diecisiete años. En *Recuerdos* (I, 191) menciona la amistad que les unía y la honda impresión que le causó tanto la formación cultural de este alcalde provinciano, como su apreciación literaria.

PERSONAS

DON JUAN TENORIO.
DON LUIS MEJÍA.
DON GONZALO DE ULLOA, *comendador de Calatrava*.
DON DIEGO TENORIO.
DOÑA INÉS DE ULLOA.
DOÑA ANA DE PANTOJA.
CRISTÓFANO BUTTARELLI.
MARCOS CIUTTI.
BRÍGIDA.
PASCUAL.
EL CAPITÁN CENTELLAS.
DON RAFAEL DE AVELLANEDA.
LUCÍA.
LA ABADESA DE LAS CALATRAVAS DE SEVILLA.
LA TORNERA DE ÍDEM.
GASTÓN.
MIGUEL.
UN ESCULTOR.
DOS ALGUACILES.
UN PAJE (*que no habla*).
LA ESTATUA DE DON GONZALO (*el mismo*).
LA SOMBRA DE DOÑA INÉS (*ella misma*).

CABALLEROS SEVILLANOS, ENCUBIERTOS, CURIOSOS, ES-
QUELETOS, ESTATUAS, ÁNGELES, SOMBRAS, JUSTICIA y
PUEBLO

*La acción en Sevilla por los años 1545, últimos del Emperador Car-
los V. Los cuatro primeros actos pasan en una sola noche. Los tres
restantes cinco años después, y en otra noche.*

Parte primera

ACTO PRIMERO

Libertinaje y escándalo

Hostería de Cristóforo Buttarelli.—Puerta en el fondo que da a la calle: mesas, jarros y demás utensilios propios de semejante lugar

ESCENA PRIMERA

DON JUAN, con antifaz, sentado a una mesa escribiendo; BUTTARELLI y CIUTTI, a un lado esperando. Al levantarse el telón, se ven pasar por la puerta del fondo Máscaras, Estudiantes y Pueblo con hachones, músicas, etc.

JUAN. ¡Cuál gritan esos malditos!
 Pero, ¡mal rayo me parta
 si en concluyendo la carta
 no pagan caros sus gritos!
 (*Sigue escribiendo.*)
BUTT. (*A CIUTTI.*)
 Buen carnaval.

¹⁵ En *Recuerdos* menciona cómo comenzó el drama con esta famosa rondilla para calificar a su protagonista lo antes posible (R, I, 149).

CIUT.	(A BUTTARELLI.)	
	Buen agosto	5
	para rellenar la arquilla.	
BUTT.	¡Quia! Corre ahora por Sevilla	
	poco gusto y mucho mosto.	
	Ni caen aquí buenos peces,	
	que son cosas mal miradas	10
	por gentes acomodadas	
	y atropelladas a veces.	
CIUT.	Pero hoy...	
BUTT.	Hoy no entra en la cuenta,	
	Ciutti: se ha hecho buen trabajo.	
CIUT.	¡Chist! Habla un poco más bajo,	15
	que mi señor se impacienta	
	pronto.	
BUTT.	¿A su servicio estás?	
CIUT.	Ya ha un año.	
BUTT.	¿Y qué tal te sale?	
CIUT.	No hay prior que se me iguale;	
	tengo cuanto quiero y más.	20
	Tiempo libre, bolsa llena,	
	buenas mozas y buen vino.	
BUTT.	¡Cuerpo de tal, qué destino!	
CIUT.	(Señalando a DON JUAN.)	
	Y todo ello a costa ajena.	
BUTT.	¿Rico, eh?	
CIUT.	Varea la plata.	25
BUTT.	¿Franco?	
CIUT.	Como un estudiante.	

⁵ Ciutti y Buttarelli fueron dos personajes históricos: «Ciutti, el criado italiano que Jústiz, Allo y yo habíamos tenido en el café del Turco de Sevilla, y Buttarelli, el hostelero que me había hospedado el año 42 en la calle del Carmen» (R, I, 150). Y recuerda dos especialidades de su Hostería de la Virgen del Carmen: chuletas emparrilladas y *tortellini* napolitanos. Ciutti representa el gracioso de la comedia clásica. Es bastante diferente de sus antecesores: Catalinón, de Tirso, y Camacho, de Zamora. Estos son como la conciencia del libertino, mientras que Ciutti parece llevar una vida más alejada e independiente. Paradójicamente hasta ignora el nombre de su amo. Al fin de la primera parte huye con don Juan por el Mediterráneo hacia su Italia nativa. Tras cinco años de ausencia regresará a Sevilla todavía al servicio de don Juan.

BUTT. ¿Y noble?
 CIUT. Como un infante.
 BUTT. ¿Y bravo?
 CIUT. Como un pirata.
 BUTT. ¿Español?
 CIUT. Creo que sí.
 BUTT. ¿Su nombre?
 CIUT. Lo ignoro en suma. 30
 BUTT. ¡Bribón! ¿Y dónde va?
 CIUT. Aquí.
 BUTT. Largo plumea.
 CIUT. Es gran pluma.
 BUTT. ¿Y a quién mil diablos escribe
 tan cuidadoso y prolijo?
 CIUT. A su padre.
 BUTT. ¡Vaya un hijo! 35
 CIUT. Para el tiempo en que se vive,
 es un hombre extraordinario.
 Mas silencio.
 JUAN. (Cerrando la carta.)
 Firmo y plego.
 ¿Ciutti?
 CIUT. ¿Señor?
 JUAN. Este pliego 40
 irá dentro del orario
 en que reza doña Inés
 a sus manos a parar.

⁴⁰ «Orario» aparece aquí sin «h» en el manuscrito (*M*) y en otras primeras ediciones. Parece referirse a un libro de oraciones. Pero en el acto III encontramos dos veces dicha palabra escrita con «h», aludiendo al libro de horas, regalo de don Juan a doña Inés, y que supone contener el rezo del coro. Se trata posiblemente de un Oficio Parvo, que consiste en una serie de rezos y salmos dedicados a la Virgen María, y que, como el Breviario de los clérigos, está dividido en horas: maitines, laudes, prima, tercia, sexta, nona, vísperas y completas. Las religiosas lo rezan en distintos momentos del día. El que dicha palabra aparezca escrita distintamente es una inconsistencia del autor. Por ser el medio de que se vale don Juan para hacer llegar su carta a manos de doña Inés, este horario nos recuerda el libro de Galeoto (encubridor de los amores entre Lanzarote y la reina Ginebra), lectura de Francesca y Paolo en *La Divina Comedia* y ocasión de su pecado carnal.

CIUT. ¿Hay respuesta que aguardar?
 JUAN. De el diablo con guardapiés
 que la asiste, de su dueña, 45
 que mis intenciones sabe,
 recogerás una llave,
 una hora y una seña:
 y más ligero que el viento
 aquí otra vez.

CIUT. Bien está. (Vase.) 50

ESCENA II

DON JUAN, BUTTARELLI

JUAN. Cristófano, vieni quà.
 BUTT. Eccellenza!
 JUAN. Senti.
 BUTT. Sento.
 Ma ho imparato il castigliano,
 se è più facile al signor
 la sua lingua...

JUAN. Sí, es mejor; 55
 lascia dunque il tuo toscano,
 y dime: ¿don Luis Mejía
 ha venido hoy?

BUTT. Excelencia,
 no está en Sevilla.

JUAN. ¿Su ausencia
 dura en verdad todavía? 60

BUTT. Tal creo.
 JUAN. ¿Y noticia alguna
 no tienes de él?

⁴⁶ «intenciones» aparece en *M* y en Baudry (*B*). Igualmente en todas las ediciones consultadas, a excepción de la de José Luis Varda, que prefiere «instrucciones» sin dar explicación alguna.

BUTT.	¡Ah! Una historia me viene ahora a la memoria que os podrá dar..	
JUAN.	¿Oportuna luz sobre el caso?	
BUTT.	Tal vez.	65
JUAN.	Habla, pues.	
BUTT.	<i>(Hablando consigo mismo.)</i> No, no me engaño: esta noche cumple el año, lo había olvidado.	
JUAN.	¡Pardiez! ¿Acabarás con tu cuento?	
BUTT.	Perdonad, señor: estaba recordando el hecho.	70
JUAN.	¡Acaba, vive Dios!, que me impaciento.	
BUTT.	Pues es el caso señor, que el caballero Mejía por quien preguntáis, dio un día en la ocurrencia peor que ocurrírsele podía.	75
JUAN.	Suprime lo al hecho extraño; que apostaron me es notorio a quien haría en un año, con más fortuna, más daño, Luis Mejía y Juan Tenorio.	80
BUTT.	¿La historia sabéis?	
JUAN.	Entera; por eso te he preguntado por Mejía.	
BUTT.	¡Oh! Me pluguiera que la apuesta se cumpliera, que pagan bien y al contado.	85
JUAN.	¿Y no tienes confianza en que don Luis a esta cita acuda?	
BUTT.	¡Quia! Ni esperanza; el fin del plazo se avanza,	90

y estoy cierto que maldita
la memoria que ninguno
guarda de ello.

JUAN. Basta ya.

Toma.

BUTT. ¡Excelencia! *(Saluda profundamente.)*
¿Y de alguno 95

de ellos sabéis vos?

JUAN. Quizá.

BUTT. ¿Vendrán, pues?

JUAN. Al menos uno;
mas por si acaso los dos
dirigen aquí sus huellas
el uno del otro en pos, 100
tus dos mejores botellas
prevénles.

BUTT. Mas...

JUAN. ¡Chito!... Adiós.

ESCENA III

BUTTARELLI

¡Santa Madonna! De vuelta
Mejía y Tenorio están
sin duda... y recogerán 105
los dos la palabra suelta.

¡Oh!, sí; ese hombre tiene traza
de saberlo a fondo. *(Ruido dentro.)* ¿Pero
qué es esto? *(Se asoma a la puerta.)*

¡Anda! ¡El forastero
está riñendo en la plaza! 110

¡Válgame Dios! ¡Qué bullicio!
¡Cómo se le arremolina
chusma...! ¡Y cómo la acoquina
él solo...! ¡Puf! ¡Qué estropicio!

¡Cuál corren delante de él! 115

No hay duda, están en Castilla
los dos, y anda ya Sevilla
toda revuelta. ¡Miguel!

ESCENA IV

BUTTARELLI, MIGUEL

MIG.	Che comanda?	
BUTT.	Presto, qui servi una tavola, amico: e del Lacryma piú antico porta due bottiglie.	120
MIG.	Si, signor padron.	
BUTT.	Micheletto, apparecchia in carità lo piú ricco che si fa: affrettati!	125
MIG.	Già mi affretto, signor padrone.	(Vase.)

ESCENA V

BUTTARELLI, DON GONZALO

GONZ.	Aquí es. ¿Patrón?
-------	----------------------

¹²⁷ Don Gonzalo de Ulloa lleva el título de Comendador Mayor de Calatrava, la más antigua y prestigiosa de las cuatro órdenes militares de España: Santiago, Alcántara y Montesa. Fue fundada en 1164 durante el reinado de Alfonso VIII, a raíz de la defensa de Calatrava (1158) contra los musulmanes, por dos monjes cistercienses que habían formado un ejército tras una proclama de cruzada. En un principio sus miembros siguieron la regla de San Be-

BUTT.	¿Qué se ofrece?	
GONZ.	Quiero hablar con el hostelero.	
BUTT.	Con él habláis; decid, pues.	130
GONZ.	¿Sois vos?	
BUTT.	Sí; mas despachad, que estoy de prisa.	
GONZ.	En tal caso, ved si es cabal y de paso esa dobla, y contestad.	
BUTT.	¡Oh, excelencia!	
GONZ.	¿Conocéis a don Juan Tenorio?	135
BUTT.	Sí.	
GONZ.	¿Y es cierto que tiene aquí hoy una cita?	
BUTT.	¡Oh! ¿Seréis vos el otro?	
GONZ.	¿Quién?	
BUTT.	Don Luis.	
GONZ.	No; pero estar me interesa en su entrevista.	140
BUTT.	Esta mesa les preparo; si os servís en esotra colocaros, podréis presenciar la cena	

nito y la constitución cisterciense. Para ingresar se requería prueba de nobleza. Con los años dicha orden llegó a adquirir una riqueza y poder extraordinarios. Hacia 1493 sus miembros ascendían a 200.000. Entre sus Grandes Maestres la historia nos ha dejado a Pedro Téllez Girón (durante los últimos años de Juan II y reinado de Enrique IV), padre de Rodrigo Téllez Girón, perpetuado por Lope de Vega en *Fuenteovejuna*, donde se dramatiza el asesinato histórico de uno de sus comendadores mayores, Fernán Gómez de Guzmán, por el pueblo amotinado. Por tradición el rey de España lleva el título honorario de Gran Maestre de las cuatro órdenes militares. Don Gonzalo no es un personaje creación de Zorrilla, tiene su antecedente en el *Burlador* de Tirso y en el *Convidado* de Zamora.

	que les daré... ¡Oh! Será escena que espero que ha de admiraros. Lo creo.	145
GONZ. BUTT.	Son, sin disputa, los dos mozos más gentiles de España.	
GONZ. BUTT.	Sí, y los más viles también. ¡Bah! Se les imputa cuanto malo se hace hoy día; mas la malicia lo inventa, pues nadie paga su cuenta como Tenorio y Mejía. ¡Ya!	150
GONZ. BUTT.	Es afán de murmurar, porque conmigo, señor, ninguno lo hace mejor, y bien lo puedo jurar. No es necesario: mas...	155
GONZ. BUTT. GONZ.	¿Qué? Quisiera yo ocultamente verlos, y sin que la gente me reconociera.	160
BUTT.	A fe que eso es muy fácil, señor. Las fiestas de camaval, al hombre más principal permiten, sin deshonor de su linaje, servirse de un antifaz, y bajo él, ¿quién sabe, hasta descubrirse, de qué carne es el pastel?	165
GONZ.	Mejor fuera en aposento contiguo...	170
BUTT.	Ninguno cae aquí.	
GONZ.	Pues entonces, trae el antifaz.	
BUTT.	Al momento.	

ESCENA VI

DON GONZALO

No cabe en mi corazón que tal hombre pueda haber, y no quiero cometer con él una sinrazón.	175
Yo mismo indagar prefiero la verdad..., mas, a ser cierta la apuesta, primero muerta que esposa suya la quiero.	180
No hay en la tierra interés que, si la daña, me cuadre; primero seré buen padre, buen caballero después.	185
Enlace es de gran ventaja, mas no quiero que Tenorio del velo del desposorio la recorte una mortaja.	190

ESCENA VII

DON GONZALO; BUTTARELLI, *que trae un antifaz*

BUTT.	Ya está aquí.	
GONZ.	Gracias, patrón:	
BUTT.	¿Tardarán mucho en llegar? Si vienen no han de tardar: cerca de las ocho son.	
GONZ.	¿Ésa es hora señalada?	195
BUTT.	Cierra el plazo, y es asunto de perder, quien no esté a punto de la primer campanada.	
GONZ.	Quiera Dios que sea una chanza, y no lo que se murmura.	200

- BUTT. No tengo aún por muy segura
de que cumplan, la esperanza;
pero si tanto os importa
lo que ello sea saber,
pues la hora está al caer, 205
la dilación es ya corta.
- GONZ. Cúbrome, pues, y me siento.
*(Se sienta en una mesa a la derecha y se pone el an-
tifaz.)*
- BUTT. *(Curioso el viejo me tiene
del misterio con que viene...
Y no me quedo contento
hasta saber quién es él.)* 210
(Limpia y trajina, mirándole de reojo.)
- GONZ. *(¡Que un hombre como yo tenga
que esperar aquí, y se avenga
con semejante papel!
En fin, me importa el sosiego
de mi casa, y la ventura
de una hija sencilla y pura,
y no es para echarlo a juego.)* 215

ESCENA VIII

DON GONZALO, BUTTARELLI; DON DIEGO,
a la puerta del fondo

- DIEGO. La seña está terminante,
aquí es: bien me han informado; 220
llego, pues.
- BUTT. ¿Otro embozado?
- DIEGO. ¿Ha de esta casa?
- BUTT. Adelante.
- DIEGO. ¿La hostería del Laurel?

¹²⁷ Don Diego Tenorio aparece anteriormente en Tirso y en Zamora. Es una figura frecuente en la obra de Zorrilla.

BUTT. En ella estáis, caballero.
DIEGO. ¿Está en casa el hostelero? 225
BUTT. Estáis hablando con él.
DIEGO. ¿Sois vos Buttarelli?
BUTT. Yo.
DIEGO. ¿Es verdad que hoy tiene aquí
Tenorio una cita?
BUTT. Sí.
DIEGO. ¿Y ha acudido a ella?
BUTT. No. 230
DIEGO. Pero ¿acudirá?
BUTT. No sé.
DIEGO. ¿Le esperáis vos?
BUTT. Por si acaso
venir le place.
DIEGO. En tal caso,
yo también le esperaré.
BUTT. *(Se sienta en el lado opuesto a DON GONZALO.)*
¿Que os sirva vianda alguna 235
queréis mientras?
DIEGO. No: tomad.
BUTT. *(Dale dinero.)*
DIEGO. ¡Excelencia!
Y excusad
conversación importuna.
BUTT. Perdonad.
DIEGO. Vais perdonado:
dejadme, pues.
BUTT. *(¡Jesucristo!* 240
En toda mi vida he visto
hombre más mal humorado.)
DIEGO. *(¡Que un hombre de mi linaje
descienda a tan ruin mansión!*
Pero no hay humillación 245
a que un padre no se baje
por un hijo. Quiero ver
por mis ojos la verdad
y el monstruo de liviandad
a quien pude dar el ser.) 250

(BUTTARELLI, que anda arreglando sus trastos, contempla desde el fondo a DON GONZALO y a DON DIEGO, que permanecerán embozados y en silencio.)

BUTT. ¡Vaya un par de hombres de piedra!
Para éstos sobra mi abasto:
mas, ¡pardiez!, pagan el gasto
que no hacen, y así se medra.

ESCENA IX

BUTTARELLI, DON GONZALO, DON DIEGO, EL CAPITÁN
CENTELLAS, DOS CABALLEROS, AVELLANEDA

AVELL.	Vinieron, y os aseguro que se efectuará la apuesta.	255
CENT.	Entremos, pues. ¡Buttarelli!	
BUTT.	Señor capitán Centellas, ¿vos por aquí?	
CENT.	Sí, Cristóforo. ¿Cuándo aquí, sin mi presencia, tuvieron lugar las orgias que han hecho raya en la época?	260
BUTT.	Como ha tanto tiempo ya que no os he visto...	
CENT.	Las guerras del emperador, a Túnez	265

²⁵⁵ Los militares Centellas y Avellaneda representan el imperu y la camaradería con ambos libertinos. En la Segunda parte su actuación introduce el elemento realidad.

²⁶⁵ Se trata del emperador Carlos I de España y V de Alemania (1516-1556). África fue una de sus constantes preocupaciones. Los piratas berberiscos asolaban las costas de España e Italia. Tras una guerra civil, en 1533, Túnez cayó en poder del corsario turco Barbarroja, hecho que aumentó el peligro para Europa. El rey Muley Hassán acudió al Emperador en demanda de socorro y éste hizo una llamada a la Cristiandad. Logró reunir una flota de 420 embarcaciones con una tripulación de 30.000 soldados, cuyo mando

	me llevaron; mas mi hacienda me vuelve a traer a Sevilla; y, según lo que me cuentan, llego lo más a propósito para renovar añejas	270
	amistades. Conque apróntanos luego unas cuantas botellas, y en tanto que humedecemos la garganta, verdadera	275
BUTT.	relación haznos de un lance sobre el cual hay controversia. Todo se andará; mas antes dejadme ir a la bodega.	
VARIOS.	Sí, sí.	

ESCENA X

DICHOS, *menos* BUTTARELLI

CENT.	Sentarse, señores, y que siga Avellaneda con la historia de don Luis.	280
AVELL.	No hay ya más que decir de ella, sino que creo imposible que la de Tenorio sea más endiablada, y que apuesto por don Luis.	285

asumió personalmente el Emperador. La expedición zarpó de Barcelona el 30 de mayo de 1535. Barbarroja había fortificado Túnez y la Goleta. El 18 de junio se abrió fuego de artillería y alabardas contra esta fortaleza y el 14 de julio las fuerzas cristianas lograron penetrar en el recinto y posesionarse de la escuadra turca. Túnez cayó en poder del Emperador el 21 de julio. Aquí, como en Roma en 1527, los soldados imperiales saquearon y devastaron la ciudad. Fueron libertados 20.000 prisioneros cristianos y Barbarroja logró huir a Argel por mar. El Emperador repuso en el trono tunecino a Muiey Hassán como vasallo y tributario.

- CENT. Acaso pierdas.
Don Juan Tenorio se sabe
que es la más mala cabeza
del orbe, y no hubo hombre alguno
que aventajarle pudiera 290
con sólo su inclinación;
¿conque qué hará si se empeña?
- AVELL. Pues yo sé bien que Mejía
las ha hecho tales, que a ciegas
se puede apostar por él. 295
- CENT. Pues el capitán Centellas
pone por don Juan Tenorio
cuanto tiene.
- AVELL. Pues se acepta
por don Luis, que es muy mi amigo.
- CENT. Pues todo en contra se arriesga; 300
porque no hay como Tenorio
otro hombre sobre la tierra,
y es proverbial su fortuna
y extremadas sus empresas.

ESCENA XI

DICHOS, BUTTARELLI, *con botellas*

- BUTT. Aquí hay Falerno, Borgoña, 305
Sorrento.
- CENT. De lo que quieras
sirve, Cristófano, y dinos:
¿qué hay de cierto en una apuesta
por don Juan Tenorio ha un año
y don Luis Mejía hecha? 310
- BUTT. Señor capitán, no sé
tan a fondo la materia
que os pueda sacar de dudas,
pero diré lo que sepa.

³⁰⁵ Famosos vinos italianos.

VARIOS.
BUTT.

Habla, habla. Yo, la verdad, 311
aunque fue en mi casa misma
la cuestión entre ambos, como
pusieron tan larga fecha
a su plazo, creí siempre
que nunca a efecto viniera; 320
así es, que ni aun me acordaba
de tal cosa a la hora de ésta.
Mas esta tarde, sería
el anochecer apenas,
entróse aquí un caballero 325
pidiéndome que le diera
recado con que escribir
una carta: y a sus letras
atento no más, me dio
tiempo a que charla metiera 330
con un paje que traía,
paisano mío, de Génova.
No saqué nada del paje,
que es, ¡por Dios!, muy brava pesca;
mas cuando su amo acababa 335
su carta, le envió con ella
a quien iba dirigida.
El caballero, en mi lengua
me habló, y me pidió noticias
de don Luis. Dijo que entera 340
sabía de ambos la historia,
y que tenía certeza
de que al menos uno de ellos
acudiría a la apuesta.
Yo quise saber más de él, 345
mas púsome dos monedas
de oro en la mano, diciéndome
así, como a la deshecha:
«Y por si acaso los dos
al tiempo aplazado llegan, 350
ten prevenidas para ambos
tus dos mejores botellas.»

	Largóse sin decir más, y yo, atento a sus monedas, les puse en el mismo sitio donde apostaron, la mesa. Y vedla allí con dos sillas, dos copas y dos botellas.	355
AVELL.	Pues, señor, no hay que dudar; era don Luis.	
CENT.	Don Juan era.	360
AVELL.	¿Tú no le viste la cara?	
BUTT.	¡Si la traía cubierta con un antifaz!	
CENT.	Pero, hombre, ¿tú a los dos no les recuerdas? ¿O no sabes distinguir a las gentes por sus señas lo mismo que por sus caras?	365
BUTT.	Pues confieso mi torpeza; no le supe conocer, y lo procuré de veras.	370
	Pero silencio.	
AVELL.	¿Qué pasa?	
BUTT.	A dar el reló comienza los cuartos para las ocho.	(Dan.)
CENT.	Ved, ved la gente que se entra.	
AVELL.	Como que está de este lance curiosa Sevilla entera.	375
	<i>(Se oyen dar las ocho; varias personas entran y se reparten en silencio por la escena; al dar la última campanada, DON JUAN, con antifaz, se llega a la mesa que ha preparado BUTTARELLI en el centro del escenario, y se dispone a ocupar una de las dos sillas que están delante de ella. Inmediatamente después de él, entra DON LUIS, también con antifaz, y se dirige a la otra. Todos los miran.)</i>	

³⁷⁶ Don Luis Mejía continúa la tradición literaria del Marqués de la Mota, en el *Burlador*, y de don Luis Fresneda, en el *Convidado*.

ESCENA XII

DON DIEGO, DON GONZALO, DON JUAN, DON LUIS, BUTTARELLI, CENTELLAS, AVELLANEDA, CABALLEROS, CURIOSOS, ENMASCARADOS

AVELL. *(A CENTELLAS, por DON JUAN.)*
Verás aquél, si ellos vienen,
qué buen chasco que se lleva.

CENT. *(A AVELLANEDA, por DON LUIS.)*
Pues allí va otro a ocupar
la otra silla: ¡uf!, ¡aquí es ella!

JUAN. *(A DON LUIS.)* 380
Esa silla está comprada,
hidalgo.

LUIS. *(A DON JUAN.)*
Lo mismo digo,
hidalgo; para un amigo
tengo yo esotra pagada.

JUAN. Que ésta es mía haré notorio. 385
LUIS. Y yo también que ésta es mía.

JUAN. Luego, sois don Luis Mejía.
LUIS. Seréis, pues, don Juan Tenorio.
JUAN. Puede ser.

LUIS. Vos lo decís.
JUAN. ¿No os fiáis?

LUIS. No.

JUAN. Yo tampoco. 390
LUIS. Pues no hagamos más el coco,
Yo soy don Juan.
JUAN. *(Quitándose la máscara.)*

LUIS. Yo don Luis. *(Íd.)*
(Se descubren y se sientan. EL CAPITÁN CENTELLAS, AVELLANEDA, BUTTARELLI y algunos otros se van a ellos y les saludan, abrazan y dan la mano, y hacen otras semejantes muestras de cariño

LUIS.	Estamos.	
JUAN.	Como quien somos cumplimos.	
LUIS.	Veamos, pues, lo que hicimos.	
JUAN.	Bebamos antes.	
LUIS.	Bebamos. <i>(Lo hacen.)</i>	420
JUAN.	La apuesta fue...	
LUIS.	Porque un día dije que en España entera no habría nadie que hiciera lo que hiciera Luis Mejía. Y siendo contradictorio al vuestro mi parecer, yo os dije: Nadie ha de hacer lo que hará don Juan Tenorio. ¿No es así?	425
JUAN.	Sin duda alguna: y vinimos a apostar quién de ambos sabría obrar peor, con mejor fortuna, en el término de un año; juntándonos aquí hoy a probarlo.	430
LUIS.	Y aquí estoy.	435
JUAN.	Y yo.	
LUIS.	¡Empeño bien extraño, por vida mía!	
CENT.	Hablad, pues.	
JUAN.	No, vos debéis empezar.	
LUIS.	Como gustéis, igual es, que nunca me hago esperar.	440
JUAN.	Pues, señor, yo desde aquí, buscando mayor espacio para mis hazañas, di	

⁴¹⁹ España sostuvo tres guerras con Francia entre 1521 y la muerte de Francisco I ocurrida en 1547. La mayor parte de estas luchas tuvieron lugar en Italia. Fue famosa la batalla de Pavía, en 1525, en que el rey francés fue hecho prisionero. Esta victoria aseguró para España su presencia en Italia, con la ocupación de Milán y Nápoles.

sobre Italia, porque allí
tiene el placer un palacio. 445
De la guerra y del amor
antigua y clásica tierra,
y en ella el emperador,
con ella y con Francia en guerra,
díjeme: «¿Dónde mejor? 450
Donde hay soldados hay juego,
hay pendencias y amorios.»
Di, pues, sobre Italia luego,
buscando a sangre y a fuego
amores y desafíos. 455
En Roma, a mi apuesta fiel,
fijé, entre hostil y amatorio,
en mi puerta este cartel:
«Aquí está don Juan Tenorio
para quien quiera algo de él.» 460
De aquellos días la historia
a relataros renuncio:
remítome a la memoria
que dejé allí, y de mi gloria
podéis juzgar por mi anuncio. 465
Las romanas, caprichosas,
las costumbres, licenciosas,
yo, gallardo y calavera:
¿quién a cuento redujera
mis empresas amorosas? 470
Salí de Roma, por fin,
como os podéis figurar:
con un disfraz harto ruin,
y a lomos de un mal rocín,
pues me querían ahorcar. 475
Fui al ejército de España;
mas todos paisanos míos,
soldados y en tierra extraña,
dejé pronto su compañía

⁴⁷⁹ B trae erróneamente «compañía».

tras cinco o seis desafíos.	480
Nápoles, rico vergel	
de amor, de placer emporio,	
vio en mi segundo cartel:	
<i>«Aquí está don Juan Tenorio,</i>	
<i>y no hay hombre para él.</i>	485
<i>Desde la princesa altiva</i>	
<i>a la que pesca en ruin barca,</i>	
<i>no hay hembra a quien no suscriba;</i>	
<i>y a cualquier empresa abarca,</i>	
<i>si en oro o valor estriba.</i>	490
<i>Búsquenle los reñidores;</i>	
<i>cérquenle los jugadores;</i>	
<i>quien se precie que le ataje,</i>	
<i>a ver si hay quien le aventaje</i>	
<i>en juego, en lid o en amores.»</i>	495
Esto escribí; y en medio año	
que mi presencia gozó	
Nápoles, no hay lance extraño,	
no hay escándalo ni engaño	
en que no me hallara yo.	500
Por donde quiera que fui,	
la razón atropellé,	
la virtud escamecí,	
a la justicia burlé,	
y a las mujeres vendí.	505
Yo a las cabañas bajé,	
yo a los palacios subí,	
yo los claustros escalé,	
y en todas partes dejé	
memoria amarga de mí.	510
No reconocí sagrado,	
ni hubo ocasión ni lugar	
por mi audacia respetado;	
ni en distinguir me he parado	

⁴⁸⁵ Clara alusión al don Juan del *Burlador* tirsiano.

	al clérigo del seglar.	515
	A quien quise provoqué, con quien quiso me batí, y nunca consideré que pudo matarme a mí aquél a quien yo maté.	520
	A esto don Juan se arrojó, y escrito en este papel está cuanto consiguió: y lo que él aquí escribió, mantenido está por él.	525
LUIS.	Leed, pues.	
JUAN.	No; oigamos antes vuestros bizarros extremos, y si traéis terminantes vuestras notas comprobantes, lo escrito cotejaremos.	530
LUIS.	Decís bien; cosa es que está, don Juan, muy puesta en razón; aunque, a mi ver, poco irá de una a otra relación.	
JUAN.	Empezad, pues.	535
LUIS.	Allá va. Buscando yo, como vos, a mi aliento empresas grandes, dije: «¿Dó irá, ¡vive Dios!, de amor y lides en pos, que vaya mejor que a Flandes? Allí, puesto que empeñadas guerras hay, a mis deseos	540

⁵⁴⁰ Flandes, parte de los Países Bajos, fue lugar de nacimiento del Emperador. Era uno de los territorios heredados por parte de su abuelo Maximiliano. Las «empeñadas guerras» a que alude sucedieron más tarde durante el reinado de Felipe II. En los años del Emperador únicamente hubo duras persecuciones antiprotestantes. En 1540 Carlos V entró en Gante (Flandes) con un ejército de diez mil hombres para castigar a dicha ciudad por negarse a contribuir la suma de cuatrocientos mil florines que les había exigido.

habrá al par centuplicadas
 ocasiones extremadas
 de riñas y galanteos.» 545
 Y en Flandes conmigo di,
 mas con tan negra fortuna,
 que al mes de encontrarme allí
 todo mi caudal perdí,
 dobla a dobla, una por una. 550
 En tan total carestía
 mirándome de dineros,
 de mí todo el mundo huía;
 mas yo busqué compañía
 y me uní a unos bandoleros. 555
 Lo hicimos bien, ivoto a tall,
 y fuimos tan adelante,
 con suerte tan colosal,
 que entramos a saco en Gante
 el palacio episcopal. 560
 ¡Qué noche! Por el decoro
 de la Pascua, el buen Obispo
 bajó a presidir el coro,
 y aún de alegría me crispo
 al recordar su tesoro. 565
 Todo cayó en poder nuestro:
 mas mi capitán, avaro,
 puso mi parte en secuestro:
 reñimos, fui yo más diestro,
 y le crucé sin reparo. 570
 Juróme al punto la gente
 capitán, por más valiente:
 juréles yo amistad franca:
 pero a la noche siguiente
 huí, y les dejé sin blanca. 575
 Yo me acordé del refrán
 de que quien roba al ladrón
 ha cien años de perdón,
 y me arrojé a tal desmán
 mirando a mi salvación. 580
 Pasé a Alemania opulento:

mas un provincial jerónimo,
 hombre de mucho talento,
 me conoció, y al momento
 me delató en un anónimo. 585
 Compré a fuerza de dinero
 la libertad y el papel;
 y topando en un sendero
 al fraile, le envié certero 590
 una bala envuelta en él.
 Salté a Francia. ¡Buen país!,
 y como en Nápoles vos,
 puse un cartel en París
 diciendo: «Aquí hay un don Luis 595
 que vale lo menos dos.
*Parará aquí algunos meses,
 y no trae más intereses
 ni se aviene a más empresas,
 que a adorar a las francesas
 y a reñir con los franceses.» 600*
 Esto escribí; y en medio año
 que mi presencia gozó
 París, no hubo lance extraño,
 ni hubo escándalo ni daño 605
 donde no me hallara yo.
 Mas, como don Juan, mi historia
 también a alargar renuncio;
 que basta para mi gloria
 la magnífica memoria
 que allí dejé con mi anuncio. 610
 Y cual vos, por donde fui
 la razón atropellé,
 la virtud escarnecí,
 a la justicia burlé,
 y a las mujeres vendí. 615
 Mi hacienda llevo perdida
 tres veces: mas se me antoja
 reponerla, y me convida
 mi boda comprometida
 con doña Ana de Pantoja. 620

	Mujer muy rica me dan, y mañana hay que cumplir los tratos que hechos están; lo que os advierto, don Juan, por si queréis asistir.	625
	A esto don Luis se arrojó, y escrito en este papel está lo que consiguió: y lo que él aquí escribió, mantenido está por él.	630
JUAN.	La historia es tan semejante que está en el fiel la balanza; mas vamos a lo importante, que es el guarismo a que alcanza el papel: conque adelante.	635
LUIS.	Razón tenéis, en verdad. Aquí está el mío: mirad, por una línea apartados traigo los nombres sentados, para mayor claridad.	640
JUAN.	Del mismo modo arregladas mis cuentas traigo en el mío: en dos líneas separadas, los muertos en desafío, y las mujeres burladas.	645
	Contad.	
LUIS.	Contad.	
JUAN.	Veinte y tres.	
LUIS.	Son los muertos. A ver vos. ¡Por la cruz de San Andrés! Aquí sumo treinta y dos.	
JUAN.	Son los muertos.	
LUIS.	Matar es.	650

⁴⁴⁵ La lista se encuentra igualmente en otras obras donjuanescas: en *Il convitato de pietra* (1650?), de Giacinto Cicognini; en *Don Juan ou le festin de pierre* (1665), de Molière; en el *Convitado* (1744), de Zamora; en *Don Giovanni Tenorio* (1787), de G. Gazzaniga, en *Don Giovanni* (1787), de Mozart; en *Les Ames du Purgatoire* (1834), de Mérimée; y en *Don Juan de Marana* (1836), de Dumas.

JUAN.	Nueve os llevo.	
LUIS.	Me vencéis.	
JUAN.	Pasemos a las conquistas.	
LUIS.	Sumo aquí cincuenta y seis.	
	Y yo sumo en vuestras listas	
	setenta y dos.	
JUAN.	Pues perdéis.	655
LUIS.	¡Es increíble, don Juan!	
JUAN.	Si lo dudáis, apuntados	
	los testigos ahí están,	
	que si fueren preguntados	
	os lo testificarán.	660
LUIS.	¡Oh! Y vuestra lista es cabal.	
JUAN.	Desde una princesa real	
	a la hija de un pescador,	
	¡oh!, ha recorrido mi amor	
	toda la escala social.	665
	¿Tenéis algo que tachar?	
LUIS.	Sólo una os falta en justicia.	
JUAN.	¿Me la podéis señalar?	
LUIS.	Sí, por cierto: una novicia	
	que esté para profesar.	670
JUAN.	¡Bah! Pues yo os complaceré	
	doblemente, porque os digo	
	que a la novicia uniré	
	la dama de algún amigo	
	que para casarse esté.	675
LUIS.	¡Pardiez, que sois atrevido!	
JUAN.	Yo os lo apuesto si queréis.	
JUAN.	Digo que acepto el partido.	
	Para darlo por perdido,	
	¿queréis veinte días?	
	Seis.	680
LUIS.	¡Por Dios, que sois hombre extraño!	
	¿cuántos días empleáis	
	en cada mujer que amáis?	

⁶⁶² Recuerda el *Burlador* de Tirso.

JUAN. Partid los días del año
entre las que ahí encontráis. 685
Uno para enamorarlas,
otro para conseguirlas,
otro para abandonarlas,
dos para sustituirlas
y una hora para olvidarlas. 690
Pero, la verdad a hablaros,
pedir más no se me antoja,
porque, pues vais a casaros,
mañana pienso quitaros
a doña Ana de Pantoja. 695

LUIS. Don Juan, ¿qué es lo que decís?
JUAN. Don Luis, lo que oído habéis.
LUIS. Ved, don Juan, lo que emprendéis.
JUAN. Lo que he de lograr, don Luis.
LUIS. ¿Gastón? (Llamando)
GASTÓN. ¿Señor?
LUIS. Ven acá. 700
(Habla DON LUIS en secreto con GASTÓN y éste se va precipitadamente.)
¿Ciutti?
JUAN. ¿Señor?
CIUT. Ven aquí.
JUAN. (DON JUAN habla en secreto con CIUTTI, y éste se va precipitadamente.)
¿Estáis en lo dicho?
LUIS. Sí.
JUAN. Pues va la vida.
LUIS. Pues va.
JUAN. (DON GONZALO levantándose de la mesa en que ha permanecido inmóvil durante la escena anterior, se afronta con DON JUAN y DON LUIS.)
GONZ. ¡Insensatos! ¡Vive Dios
que a no temblarme las manos 705
a palos, como a villanos,
os diera muerte a los dos!

JUAN. }
LUIS. } Veamos.

GONZ. Excusado es,
que he vivido lo bastante
para no estar arrogante
donde no puedo. 710

JUAN. Idos, pues.
GONZ. Antes, don Juan, de salir
de donde oírme podáis,
es necesario que oigáis
lo que os tengo que decir. 715
Vuestro buen padre don Diego,
porque pleitos acomoda,
os apalabró una boda
que iba a celebrarse luego;
pero por mí mismo yo, 720
lo que erais queriendo ver,
vine aquí al anochecer,
y el veros me avergonzó.

JUAN. ¡Por Satanás, viejo insano,
que no sé cómo he tenido
calma para haberte oído
sin asentarte la mano!
Pero di pronto quién eres,
porque me siento capaz
de arrancarte el antifaz
con el alma que tuvieres. 730

GONZ. ¡Don Juan!
JUAN. ¡Pronto!
GONZ. Mira, pues.
JUAN. ¡Don Gonzalo!
GONZ. El mismo soy.
Y adiós, don Juan: mas desde hoy
no penséis en doña Inés. 735
Porque antes que consentir
en que se case con vos,
el sepulcro, ¡juro a Dios!,
por mi mano la he de abrir.

JUAN. Me hacéis reír, don Gonzalo;
pues venirme a provocar,
es como ir a amenazar

a un león con un mal palo.
Y pues hay tiempo, advertir
os quiero a mi vez a vos, 745
que o me la dais, o ¡por Dios,
que a quitáros la he de ir!
¡Miserable!

GONZ.
JUAN. Dicho está:
sólo una mujer como ésta
me falta para mi apuesta; 750
ved, pues, que apostada va.
(DON DIEGO, levantándose de la mesa en que
ha permanecido encubierto mientras la escena anterior,
baja al centro de la escena, encarándose con
DON JUAN.)

DIEGO. No puedo más escucharte,
vil don Juan, porque recelo
que hay algún rayo en el cielo
preparado a aniquilarte. 755
¡Ah...! No pudiendo creer
lo que de ti me decían,
confiando en que mentían,
te vine esta noche a ver.
Pero te juro, malvado, 760
que me pesa haber venido
para salir convencido
de lo que es para ignorado.
Sigue, pues, con ciego afán
en tu torpe frenesí, 765
mas nunca vuelvas a mí;
no te conozco, don Juan.

JUAN. ¿Quién nunca a ti se volvió,
ni quién osa hablarme así,
ni qué se me importa a mí 770
que me conozcas o no?

DIEGO. Adiós, pues: mas no te olvides
de que hay un Dios justiciero.

⁷⁷² Primera amenaza con la justicia divina.

JUAN. Ten. *(Deteniéndole.)*
DIEGO. ¿Qué quieres?
JUAN. Verte quiero.
DIEGO. Nunca, en vano me lo pides. 775
JUAN. ¿Nunca?
DIEGO. No.
JUAN. Cuando me cuadre.
DIEGO. ¿Cómo?
JUAN. Así. *(Le arranca el antifaz.)*
TODOS. ¡Don Juan!
DIEGO. ¡Villano!
JUAN. ¡Me has puesto en la faz la mano!
DIEGO. ¡Válgame Cristo, mi padre! 780
JUAN. Mientes, no lo fui jamás.
DIEGO. ¡Reportaos, con Belcebú!
No, los hijos como tú
son hijos de Satanás.
Comendador, nulo sea
lo hablado.
GONZ. Ya lo es por mí; 785
vamos.
DIEGO. Sí, vamos de aquí
donde tal monstruo no vea.
Don Juan, en brazos del vicio
desolado te abandono:
me matas..., mas te perdono 790
de Dios en el santo juicio.
(Vanse poco a poco DON DIEGO y DON GONZALO.)
JUAN. Largo el plazo me ponéis:
mas ved que os quiero advertir
que yo no os he ido a pedir
jamás que me perdonéis. 795
Conque no paséis afán
de aquí en adelante por mí,

⁷⁷⁸ Era considerada gran infamia el hecho de poner la mano en la cara de una persona noble de ese modo violento.

⁷⁹² Recuerda el «tan largo me lo fiáis» de Tirso.

que como vivió hasta aquí,
vivirá siempre don Juan.

ESCENA XIII

DON JUAN, DON LUIS, CENTELLAS, AVELLANEDA,
BUTTARELLI, CURIOSOS, MÁSCARAS

JUAN. ¡Eh! Ya salimos del paso: 800
y no hay que extrañar la homilia;
son pláticas de familia,
de las que nunca hice caso.
Conque lo dicho, don Luis,
van doña Ana y doña Inés 805
en apuesta.

LUIS. Y el precio es
la vida.

JUAN. Vos lo decís:
vamos.

LUIS. Vamos.
(Al salir se presenta una ronda, que les detiene.)

ESCENA XIV

DICHOS, UNA RONDA DE ALGUACILES

ALGUACIL. ¡Alto allá!

JUAN. ¿Don Juan Tenorio? 810

ALGUACIL. Yo soy.

JUAN. Sed preso.

JUAN. ¿Soñando estoy?

ALGUACIL. ¿Por qué?

ALGUACIL. Después lo verá.

LUIS. *(Acercándose a DON JUAN y riéndose.)*
Tenorio no lo extrañéis,

JUAN. pues mirando a lo apostado,
 mi paje os ha delatado,
 para que vos no ganéis. 815
 ¡Hola! Pues no os suponía
 con tal despejo, ¡pardiez!
 LUIS. Id, pues, que por esta vez,
 don Juan, la partida es mía.
 JUAN. Vamos, pues.
 (*Al salir, les detiene otra ronda que entra en la es-
 cena.*)

ESCENA XV

DICHOS, UNA RONDA

ALGUACIL. (*Que entra.*) ¡Ténganse allá! 820
 ¿Don Luis Mejía?
 LUIS. Yo soy.
 ALGUACIL. Sed preso.
 LUIS. ¿Soñando estoy?
 ¡Yo preso!
 JUAN. (*Soltando la carcajada.*)
 ¡Ja, ja, ja, ja!
 Mejía, no lo extrañéis,
 pues mirando a lo apostado, 825
 mi paje os ha delatado
 para que no me estorbéis.
 LUIS. Satisfecho quedaré
 aunque ambos muramos.
 JUAN. Vamos. 830
 Conque, señores, quedamos
 en que la apuesta está en pie.
 (*Las rondas se llevan a DON JUAN y a DON
 LUIS; muchos los siguen. EL CAPITÁN CENTE-
 LLAS, AVELLANEDA y sus amigos, quedan en la
 escena mirándose unos a otros.*)

ESCENA XVI

EL CAPITÁN CENTELLAS, AVELLANEDA, CURIOSOS

AVELL. ¡Parece un juego ilusorio!
CENT. ¡Sin verlo no lo creería!
AVELL. Pues yo apuesto por Mejía.
CENT. Y yo pongo por Tenorio.

835

ACTO SEGUNDO

Destreza

Exterior de la casa de DOÑA ANA, vista por una esquina. Las dos paredes que forman el ángulo, se prolongan igualmente por ambos lados, dejando ver en la de la derecha una reja, y en la izquierda, una reja y una puerta.

ESCENA PRIMERA

DON LUIS MEJÍA, *embozado*

Ya estoy frente de la casa
de doña Ana, y es preciso
que esta noche tenga aviso
de lo que en Sevilla pasa.
No di con persona alguna, 840
por dicha mía... ¡Oh, qué afán!
Pero ahora, señor don Juan,
cada cual con su fortuna.
Si honor y vida se juega,
mi destreza y mi valor, 845
por mi vida y por mi honor,
jugarán...; mas alguien llega.

ESCENA II

DON LUIS, PASCUAL

PASC.	¡Quién creyera lance tal!	
	¡Jesús, qué escándalo! ¡Presos!	
LUIS.	¡Qué veo! ¿Es Pascual?	
PASC.	Los sesos	850
	me estrellaría.	
LUIS.	¿Pascual?	
PASC.	¿Quién me llama tan apriesa?	
LUIS.	Yo. Don Luis.	
PASC.	¡Válame Dios!	
LUIS.	¿Qué te asombra?	
PASC.	Que seáis vos.	
LUIS.	Mi suerte, Pascual, es ésa.	855
	Que a no ser yo quien me soy,	
	y a no dar contigo ahora,	
	el honor de mi señora	
	doña Ana moría hoy.	
PASC.	¿Qué es lo que decís?	
LUIS.	¿Conoces	860
	a don Juan Tenorio?	
PASC.	Sí.	
	¿Quién no le conoce aquí?	
	Mas, según públicas voces,	
	estabais presos los dos.	
LUIS.	Vamos, ¡lo que el vulgo miente!	865
	Ahora acertadamente	
	habló el vulgo: y ¡juro a Dios	
	que, a no ser porque mi primo,	
	el tesorero real,	
	quiso fiarme, Pascual,	870
	pierdo cuanto más estimo!	
PASC.	¿Pues cómo?	
LUIS.	¿En servirte estás?	
PASC.	Hasta morir.	
LUIS.	Pues escucha.	
	Don Juan y yo en una lucha	

- arriesgada por demás 875
 empeñados nos hallamos;
 pero, a querer tú ayudarme,
 más que la vida salvarme
 puedes.
- PASC. ¿Qué hay que hacer? Sepamos.
 LUIS. En una insigne locura 880
 dimos tiempo ha: en apostar
 cuál de ambos sabría obrar
 peor, con mejor ventura.
 Ambos nos hemos portado
 bizarramente a cual más; 885
 pero él es un Satanás,
 y por fin me ha aventajado.
 Púsele no sé qué pero,
 dijímonos no sé qué
 sobre ello, y el hecho fue 890
 que él, mofándose altanero,
 me dijo: «Y si esto no os llena,
 pues que os casáis con doña Ana,
 os apuesto a que mañana
 os la quito yo.»
- PASC. ¡Ésa es buena! 895
 ¿Tal se ha atrevido a decir?
 LUIS. No es lo malo que lo diga,
 Pascual, sino que consiga
 lo que intenta.
- PASC. ¿Conseguir?
 En tanto que yo esté aquí, 900
 descuidad, don Luis.
- LUIS. Te juro
 que si el lance no aseguro,
 no sé qué va a ser de mí.
- PASC. ¡Por la Virgen del Pilar!
 ¿Le teméis?

⁹⁰⁴ «¡Por la Virgen del Pilar!» Pascual, como buen aragonés, jura y hace votos por la Virgen de su tierra. La leyenda en torno a ese santuario mariano de

LUIS.	No, ¡Dios testigo!	905
	Mas lleva ese hombre consigo algún diablo familiar.	
PASC.	Dadlo por asegurado.	
LUIS.	¡Oh! Tal es el afán mío, que ni en mí propio me fio con un hombre tan osado.	910
PASC.	Yo os juro, por San Ginés, que con toda su osadía, le ha de hacer, por vida mía, mal tercio un aragonés; nos veremos.	915
LUIS.	¡Ay, Pascual,	
	que en qué te metes no sabes!	
PASC.	En apreturas más graves me he visto, y no salí mal.	
LUIS.	Estriba en lo perentorio del plazo, y en ser quién es.	920
PASC.	Más que un buen aragonés. no ha de valer un Tenorio. Todos esos lenguaraces, espadachines de oficio, no son más que frontispicio de poca alma capaces.	925
	Para infamar a mujeres tienen lengua, y tienen manos para osar a los ancianos	930

Zaragoza se remonta al año 40 durante la predicación evangélica del apóstol Santiago. En la Edad Media fue un centro importante de peregrinación. La construcción de la presente basílica data de finales del siglo XVII. Pascual es creación de Zorrilla.

⁹¹² «San Ginés». Aunque hay varios santos con este nombre, posiblemente se refiere aquí al patrón de artistas y músicos cuya fiesta se celebra el 25 de agosto. Ginés fue un famoso actor que recibió el bautismo durante una representación dramática ante el emperador Diocleciano. Cuando el emperador se cercioró de que el bautismo y conversión habían sido en serio, le hizo bárbaramente martirizar en el 285. Lope de Vega ha inmortalizado este hecho en su comedia *Lo fingido verdadero*, ejemplo de «teatro dentro de teatro».

o apalear a mercaderes.
 Mas cuando una buena espada,
 por un buen brazo esgrimida,
 con la muerte les convida,
 todo su valor es nada. 935
 Y sus empresas y bullas
 se reducen todas ellas,
 a hablar mal de las doncellas
 y a huir ante las patrullas.

LUIS. ¡Pascual!
 PASC. No lo hablo por vos, 940
 que aunque sois un calavera,
 tenéis la alma bien entera
 y reñís bien ivoto a bríos!

LUIS. Pues si es en mí tan notorio 945
 el valor, mira Pascual,
 que el valor es proverbial
 en la raza de Tenorio.
 Y porque conozco bien
 de su valor el extremo,
 de sus ardidés me temo 950
 que en tierra con mi honra den.

PASC. Pues suelto estáis ya, don Luis,
 y pues que tanto os acucia
 el mal de celos, su astucia
 con la astucia prevenís. 955
 ¿Qué teméis de él?

LUIS. No lo sé:
 mas esta noche sospecho
 que ha de procurar el hecho
 consumir.

PASC. Soñáis.
 LUIS. ¿Por qué?
 PASC. ¿No está preso?
 LUIS. Sí que está; 960
 mas también lo estaba yo,
 y un hidalgo me fió.
 PASC. Mas ¿quién a él le fiará?
 LUIS. En fin, sólo un medio encuentro

	de satisfacerme.	
PASC.	¿Cuál?	965
LUIS.	Que de esta casa, Pascual, quede yo esta noche dentro.	
PASC.	Mirad que así de doña Ana tenéis el honor vendido.	
LUIS.	¡Qué mil rayos! ¿Su marido no voy a ser yo mañana?	970
PASC.	Mas, señor, ¿no os digo yo que os fio con la existencia...?	
LUIS.	Sí; salir de una pendencia, mas de un ardid diestro, no.	975
	Y, en fin, o paso en la casa la noche, o tomo la calle, aunque la justicia me halle.	
PASC.	Señor don Luis, eso pasa de terquedad, y es capricho que dejar os aconsejo, y os irá bien.	980
LUIS.	No lo deajo,	
	Pascual.	
PASC.	¡Don Luis!	
LUIS.	Está dicho.	
PASC.	¡Vive Dios! ¿Hay tal afán?	
LUIS.	Tú dirás lo que quisieres, mas yo fio en las mujeres mucho menos que en don Juan; y pues lance es extremado por dos locos emprendido, bien será un loco atrevido para un loco desalmado.	985 990
PASC.	Mirad bien lo que decís, porque yo sirvo a doña Ana desde que nació, y mañana seréis su esposo, don Luis.	
LUIS.	Pascual, esa hora llegada	995

⁹⁶⁴ El M trae «sólo un modo encuentro».

y ese derecho adquirido,
yo sabré ser su marido
y la haré ser bien casada.
Mas en tanto...

PASC. No habléis más. 1000

Yo os conozco desde niños,
y sé lo que son cariños,
¡por vida de Barrabás!
Oíd: mi cuarto es sobrado
para los dos: dentro de él 1005
quedad, mas palabra fiel
dadme de estaros callado.

LUIS. Te la doy.

Y hasta mañana
juntos con doble cautela,
nos quedaremos en vela. 1010
Y se salvará doña Ana.

PASC. Sea.

LUIS. Pues vamos.

PASC. ¡Teneos!

¿Qué vais a hacer?

LUIS. A entrar.

PASC. ¿Ya?

LUIS. ¿Quién sabe lo que él hará?

PASC. Vuestros celosos deseos 1015
reprimid: que ser no puede
mientras que no se recoja
mi amo, don Gil de Pantoja,
y todo en silencio, quede.

LUIS. ¡Voto a...!

PASC. ¡Eh! Dad una vez 1020
breves treguas al amor.

LUIS. Y ¿a qué hora ese buen señor
suele acostarse?

PASC. A las diez;
y en esa calleja estrecha 1025
hay una reja; llamad
a las diez, y descuidad
mientras en mí.

LUIS. Es cosa hecha.
 PASC. Don Luis, hasta luego pues.
 LUIS. Adiós, Pascual, hasta luego.

ESCENA III

DON LUIS

Jamás tal desasosiego 1030
 tuve. Paréceme que es
 esta noche hora menguada
 para mí... y no sé qué vago
 presentimiento, qué estrago
 teme mi alma acongojada. 1035
 ¡Por Dios que nunca pensé
 que a doña Ana amara así
 ni por ninguna senti
 lo que por ella...! ¡Oh! Y a fe
 que de don Juan me amedrenta, 1040
 no el valor, mas la ventura.
 Parece que le asegura
 Satanás en cuanto intenta.
 No, no; es un hombre infernal,
 y téngome para mí 1045
 que si me aparto de aquí,
 me burla, pese a Pascual.
 Y aunque me tenga por necio,
 quiero entrar; que con don Juan
 las preocupaciones no están 1050
 para vistas con desprecio.
 (Llama a la ventana.)

¹⁰⁵⁵ Doña Ana de Pantoja, contraparte de Inés, es la víctima burlada del burlador. Ante los temores de don Luis, peca de excesiva confianza en si misma. Es la Inés de Ulloa, de Tirso, y la Ana de Zamora. Zorrilla insinúa haber tomado este personaje de Moreto. Efectivamente, este dramaturgo tiene varias comedias con dicha figura femenina, confusa y engañada unas veces, burlada y deshonrada otras. Así en: *Trampa adelante*, *No puede ser*, *El caballero*, *El perecido en la corte* y *En el mayor imposible nadie pierda la esperanza*.

ESCENA IV

DON LUIS, DOÑA ANA

ANA. ¿Quién va?
 LUIS. ¿No es Pascual?
 ANA. ¡Don Luis!
 LUIS. Doña Ana.
 ANA. ¿Por la ventana
 llamas ahora?
 LUIS. ¡Ay, doña Ana,
 cuán a buen tiempo salís! 1055
 ANA. Pues ¿qué hay, Mejía?
 LUIS. Un empeño
 por tu beldad, con un hombre
 que temo.
 ANA. Y ¿qué hay que te asombre
 en él, cuando eres tú el dueño
 de mi corazón? 1060
 LUIS. Doña Ana,
 no lo puedes comprender,
 de ese hombre sin conocer
 nombre y suerte.
 ANA. Será vana
 su buena suerte conmigo.
 Ya ves, sólo horas nos faltan
 para la boda, y te asaltan
 vanos temores. 1065
 LUIS. Testigo
 me es Dios que nada por mí
 me da pavor mientras tenga
 espada, y ese hombre venga
 cara a cara contra ti. 1070
 Mas, como el león audaz,
 y cauteloso y prudente,
 como la astuta serpiente...

ANA.	¡Bah! Duerme, don Luis, en paz, que su audacia y su prudencia nada lograrán de mí, que tengo cifrada en ti la gloria de mi existencia.	1075
LUIS.	Pues bien, Ana, de ese amor que me aseguras en nombre, para no temer a ese hombre voy a pedirte un favor.	1080
ANA.	Di; mas bajo, por si escucha tal vez alguno.	
LUIS.	Oye, pues.	1085

ESCENA V

DOÑA ANA y DON LUIS, *a la derecha*; DON JUAN y CIUTTI,
en la calle izquierda.

CIUT.	Señor, ¡por mi vida, que es vuestra suerte buena y mucha!	
JUAN.	Ciutti, nadie como yo; ya viste cuán fácilmente el buen alcaide prudente se avino y suelta me dio. Mas no hay ya en ello que hablar: ¿mis encargos has cumplido?	1090
CIUT.	Todos los he concluido mejor que pude esperar.	
JUAN.	¿La beata...?	
CIUT.	Ésta es la llave de la puerta del jardín, que habrá que escalar al fin, pues como usarced ya sabe, las tapias de ese convento no tienen entrada alguna.	1100
JUAN.	Y ¿te dio carta?	
CIUT.	Ninguna; me dijo que aquí al momento	

iba a salir de camino;
 que al convento se volvía,
 y que con vos hablaría.

JUAN. Mejor es.

CIUT. Lo mismo opino.

JUAN. ¿Y los caballos?

CIUT. Con silla
 y freno los tengo ya.

JUAN. ¿Y la gente?

CIUT. Cerca está.

JUAN. Bien, Ciutti; mientras Sevilla
 tranquila en sueño reposa
 creyéndome encarcelado,
 otros dos nombres añado
 a mi lista numerosa.

CIUT. ¡Ja!, ¡ja!
 ¡Señor...!

JUAN. ¿Qué?

CIUT. ¡Callad!

JUAN. ¿Qué hay, Ciutti?

CIUT. Al doblar la esquina,
 en esa reja vecina
 he visto a un hombre.

JUAN. Es verdad:
 pues ahora sí que es mejor
 el lance: ¿y si es ése?

CIUT. ¿Quién?

JUAN. Don Luis.

CIUT. Imposible.

JUAN. ¡Toma!
 ¿No estoy yo aquí?

CIUT. Diferencia
 va de él a vos.

JUAN. Evidencia
 lo creo, Ciutti; allí asoma
 tras de la reja una dama.

CIUT. Una criada tal vez.

JUAN. Preciso es verlo, ¡pardiez!,
 no perdamos lance y fama.

1105

1110

1115

1120

1125

117

	Mira, Ciutti: a fuer de ronda tú con varios de los míos por esa calle escurriós, dando vuelta a la redonda a la casa.	1130
CIUT.	Y en tal caso cerrará ella.	
JUAN.	Pues con eso, ella ignorante y él preso, nos dejarán franco el paso.	1135
CIUT.	Decís bien.	
JUAN.	Corre y atájale, que en ello el vencer consiste.	
CIUT.	¿Mas si el truhán se resiste?	1140
JUAN.	Entonces, de un tajo, rájale.	

ESCENA VI

DON JUAN, DOÑA ANA, DON LUIS

LUIS.	¿Me das, pues, tu asentimiento?	
ANA.	Consiento.	
LUIS.	¿Complácesme de ese modo?	
ANA.	En todo.	1145
LUIS.	Pues te velaré hasta el día.	
ANA.	Sí, Mejía.	
LUIS.	Páguete el cielo, Ana mía, satisfacción tan entera.	
ANA.	Porque me juzgues sincera, <i>consiento en todo, Mejía.</i>	1150
LUIS.	Volveré, pues, otra vez.	
ANA.	Sí, a las diez.	
LUIS.	¿Me aguardarás, Ana?	
ANA.	Sí.	
LUIS.	Aquí.	1155
ANA.	Y tú estarás puntual, ¿eh?	
LUIS.	Estaré.	
ANA.	La llave, pues, te daré.	

LUIS. Y dentro yo de tu casa,
 venga Tenorio. 1160
 ANA. Aguien pasa.
A las diez.
 LUIS. *Aquí estaré.*

ESCENA VII

DON JUAN, DON LUIS

LUIS. Mas se acercan. ¿Quién va allá?
 JUAN. Quien va.
 LUIS. De quien va así, ¿qué se infiere?
 JUAN. Que quiere. 1165
 LUIS. ¿Ver si la lengua le arranco?
 JUAN. El paso franco.
 LUIS. Guardado está.
 JUAN. ¿Y soy yo manco?
 LUIS. Pidiéraislo en cortesía.
 JUAN. Y ¿a quién?
 LUIS. A don Luis Mejía. 1170
 JUAN. *Quien va, quiere el paso franco.*
 LUIS. ¿Conocéisme?
 JUAN. Sí.
 LUIS. ¿Y yo a vos?
 JUAN. Los dos.
 LUIS. Y ¿en qué estriba el estorballe?
 JUAN. En la calle. 1175
 LUIS. ¿De ella los dos por ser amos?
 JUAN. Estamos.
 LUIS. Dos hay no más que podamos
 necesitarle a la vez.
 JUAN. Lo sé.
 LUIS. ¡Sois don Juan!
 JUAN. ¡Pardiez!, 1180
los dos ya en la calle estamos.
 LUIS. ¿No os prendieron?
 JUAN. Como a vos.

LUIS. ¡Vive Dios!
 Y ¿huisteis?
 JUAN. Os imité.
 ¿Y qué? 1185
 LUIS. Que perderéis.
 JUAN. No sabemos.
 LUIS. Lo veremos.
 JUAN. La dama entrambos tenemos
 sitiada, y estáis cogido.
 LUIS. Tiempo hay.
 JUAN. Para vos perdido. 1190
 LUIS. ¡Vive Dios, que lo veremos!
 (DON LUIS *desenvaina su espada; mas CIUTTI,*
que ha bajado con los suyos cautelosamente hasta
colocarse tras él, le sujeta.)
 JUAN. Señor don Luis, vedlo, pues.
 LUIS. Traición es.
 JUAN. La boca...
 (A los suyos, que se la tapan a DON LUIS.)
 LUIS. ¡Oh!
 (Le sujetan los brazos.)
 JUAN. Sujeto atrás:
 más. 1195
 La empresa es, señor Mejía,
 como mía.
 Encerrádmele hasta el día. (A los suyos.)
 La apuesta está ya en mi mano.
 (A DON LUIS.)
 Adiós, don Luis: si os la gano, 1200
traición es; mas como mía.

ESCENA VIII

DON JUAN

Buen lance, ¡viven los cielos!
 Éstos son los que dan fama:
 mientras le soplo la dama

él se arrancará los pelos 1205
 encerrado en mi bodega.
 ¿Y ella? Cuando crea hallarse
 con él..., ¡ija!, ¡ija! ¡Oh!, y quejarse
 no puede; limpio se juega.
 A la cárcel le llevé 1210
 y salió; llevóme a mí,
 y salió; hallamos aquí
 era fuerza..., ya se ve:
 su parte en la grave apuesta
 defendía cada cual. 1215
 Mas con la suerte está mal
 Mejía, y también pierde ésta.
 Sin embargo, y por si acaso,
 no es demás asegurarse
 de Lucía, a desgraciarse 1220
 no vaya por poco el paso.
 Mas por allí un bulto negro
 se aproxima..., y, a mi ver,
 es el bulto una mujer.
 ¿Otra aventura? Me alegro. 1225

ESCENA IX

DON JUAN, BRÍGIDA

BRÍG. ¿Caballero?
 JUAN. ¿Quién va allá?
 BRÍG. ¿Sois don Juan?
 JUAN. ¡Por vida de...!
 ¡Si es la beata! ¡Y a fe

¹²²⁶ Brígida es la Trotaconventos, la Celestina tradicional con ciertos momentos de figura del donaire. Era costumbre que las religiosas nobles tuvieran dueñas y sirvientas en el convento. En el drama, Zorrilla la ha dotado de una rica personalidad. Su actuación de sabia alcahueta nos recuerda a Mefistófeles de *Fausto*.

- que la había olvidado ya!
Llegaos, don Juan soy yo. 1230
¿Estáis solo?
- BRÍG. Con el diablo.
JUAN. ¡Jesucristo!
BRÍG. Por vos lo hablo.
JUAN. ¿Soy yo el diablo?
- BRÍG. Creoló.
¡Vaya! ¡Qué cosas tenéis!
Vos sí que sois un diablillo... 1235
Que te llenará el bolsillo
si le sirves.
- JUAN. Lo veréis.
BRÍG. Descarga, pues, ese pecho.
JUAN. ¿Qué hiciste?
- BRÍG. ¡Cuanto me ha dicho
vuestro paje...! ¡Y qué mal bicho 1240
es ese Ciutti!
- JUAN. ¿Qué ha hecho?
BRÍG. ¡Gran bribón!
JUAN. ¿No os ha entregado
un bolsillo y un papel?
- BRÍG. Leyendo estará ahora en él
doña Inés.
- JUAN. ¿La has preparado? 1245
BRÍG. Vaya; y os la he convencido
con tal maña y de manera,
que irá como una cordera
tras vos.
- JUAN. ¡Tan fácil te ha sido!
BRÍG. ¡Bah! Pobre garza enjaulada, 1250
dentro la jaula nacida,
¿qué sabe ella si hay más vida

¹²³³ «creoló» licencia poética llamada diástole, que consiste en alargar una sílaba breve, en este caso alterando el acento.

¹²⁵⁰ Narciso Alonso Cortés informa que los versos 1250 a 1281 están tomados de *Margarita la tornera*, cap. III, «Tentación», si bien el orden de estrofas está algo variado. Se trata de un caso de autoplagio.

ni más aire en que volar?
 Si no vio nunca sus plumas
 del sol a los resplandores, 1255
 ¿qué sabe de los colores
 de que se puede ufanar?
 No cuenta la pobrecilla
 diez y siete primaveras,
 y aún virgen a las primeras 1260
 impresiones del amor,
 nunca concibió la dicha
 fuera de su pobre estancia,
 tratada desde su infancia
 con cauteloso rigor. 1265
 Y tantos años monótonos
 de soledad y convento
 tenían su pensamiento
 ceñido a punto tan ruin,
 a tan reducido espacio, 1270
 y a círculo tan mezquino,
 que era el claustro su destino
 y el altar era su fin.
 «Aquí está Dios», la dijeron;
 y ella dijo: «Aquí le adoro.» 1275
 «Aquí está el claustro y el coro.»
 Y pensó: «No hay más allá.»
 Y sin otras ilusiones
 que sus sueños infantiles,
 pasó diez y siete abriles 1280
 sin conocerlo quizá.
 ¿Y está hermosa?
 ¡Oh! Como un ángel.
 ¿Y la has dicho...?
 Figuraos
 si habré metido mal caos 1285
 en su cabeza, don Juan.
 La hablé del amor, del mundo,
 de la corte y los placeres,
 de cuánto con las mujeres
 erais pródigo y galán.

JUAN.
 BRÍG.
 JUAN.
 BRÍG.

JUAN.

La dije que erais el hombre 1290
por su padre destinado
para suyo: os he pintado
muerto por ella de amor,
desesperado por ella
y por ella perseguido, 1295
y por ella decidido
a perder vida y honor.
En fin, mis dulces palabras,
al posarse en sus oídos,
sus deseos mal dormidos 1300
arrastraron de sí en pos;
y allá dentro de su pecho
han inflamado una llama
de fuerza tal, que ya os ama
y no piensa más que en vos. 1305
Tan incentiva pintura
los sentidos me enajena,
y el alma ardiente me llena
de su insensata pasión.
Empezó por una apuesta, 1310
siguió por un devaneo,
engendró luego un deseo,
y hoy me quema el corazón.

¹³⁰⁶ Don Juan, por primera vez, muestra una pasión insólita, un amor especial ante esa «incentiva pintura» de doña Inés. Según León Hebreo, «el amor procede de la hermosura» (*Diálogos de amor*, Buenos Aires, Austral, 1947, pág. 235), y ésta «es gracia que, deleitando el ánimo con su conocimiento, lo mueve a amar» (pág. 205). Este amor humano de don Juan cae dentro de la doble definición: «deseo de cosa hermosa» (Platón), «deseo de cosa buena» (Aristóteles), ya que Inés aparece como compendio de hermosura y bondad. El que esta «incentiva pintura», sin la visión real de la persona hermosa, haya sido suficiente para hacer brotar un amor tal, lo explica León Hebreo con el siguiente razonamiento: «La esencia espiritual de la hermosura se percibe no por los tres sentidos materiales, sino por los dos espirituales: el oído y la vista. De ahí que las mayores hermosuras consisten en las partes del ánimo que son más elevadas que el cuerpo: la imaginativa, la intelectual y el entendimiento abstracto.» Y concluye: «Las hermosuras que se perciben por el oído son las más perfectas» (pág. 279). «Y las virtudes más espirituales (como la imaginación y fantasía) conocen mejor la hermosura que los mismos sentidos corporales» (pág. 206).

- Poco es el centro de un claustro;
 ¡al mismo infierno bajara, 1315
 y a estocadas la arrancara
 de los brazos de Satán!
 ¡Oh! Hermosa flor, cuyo cáliz
 al rocío aún no se ha abierto,
 a trasplantarte va al huerto 1320
 de sus amores don Juan.
 ¿Brígida?
- BRÍG. Os estoy oyendo,
 y me hacéis perder el tino:
 yo os creía un libertino
 sin alma y sin corazón. 1325
- JUAN. ¿Eso extrañas? ¿No está claro
 que en un objeto tan noble
 hay que interesarse doble
 que en otros?
- BRÍG. Tenéis razón.
- JUAN. ¿Conque a qué hora se recogen
 las madres? 1330
- BRÍG. Ya recogidas
 estarán. ¿Vos prevenidas
 todas las cosas tenéis?
- JUAN. Todas.
- BRÍG. Pues luego que doblen

¹³²¹ Se trasluce ya el amor de don Juan, demasiado vehemente y rápido para algunos críticos. Según Alonso Cortés: «La redención por el amor se ha verificado ya desde este instante y mucho antes de llegar a la famosa apoteosis final» (*Zorrilla*, pág. 430).

¹³²⁵ Esta sorpresa de la alcahueta ante el inesperado cambio de don Juan, tiene una base filosófica: se trata de la humanización platónica por la belleza. *La vida es sueño* nos ofrece un ejemplo clásico de este poder civilizador de la belleza. Segismundo pierde su condición de «fiera», se humaniza desde que tiene a Rosaura ante sí. Ignora su identidad de mujer, pero su hermosura obra misteriosamente: «tú sólo, tú, has suspendido / la pasión a mis ojos, / la suspensión a mis ojos, / la admiración al oído. / Con cada vez que te veo / nueva admiración me das, / y cuando te miro más, / aún más mirarte deseo» (vs. 219-226) (Calderón de la Barca, *La vida es sueño*, edición de Ciriaco Morón-Arroyo, Madrid, Cátedra, 1977).

	a las ánimas, con tiento	1335
	saltando al huerto, al convento	
	fácilmente entrar podéis	
	con la llave que os he enviado:	
	de un claustro oscuro y estrecho	
	es; seguidle bien derecho,	1340
	y daréis con poco afán	
	en nuestra celda.	
JUAN.	Y si acierto	
	a robar tan gran tesoro,	
	te he de hacer pesar en oro.	
BRIG.	Por mí no queda, don Juan.	1345
JUAN.	Ve y aguárdame.	
BRIG.	Voy, pues,	
	a entrar por la portería,	
	y a cegar a sor María	
	la tompera. Hasta después.	
	<i>(Vase BRIGIDA, y un poco antes de concluir esta</i>	
	<i>escena sale CIUTTI, que se para en el fondo espe-</i>	
	<i>rando.)</i>	

ESCENA X

DON JUAN, CIUTTI

JUAN.	Pues, señor, ¡soberbio envite!	1350
	Muchas hice hasta esta hora,	
	mas, ¡por Dios que la de ahora,	
	será tal, que me acredite!	
	Mas ya veo que me espera	
	Ciutti. ¿Lebrel?	<i>(Llamándole.)</i>
CIUT.	Aquí estoy.	1355

¹³³⁵ Zorrilla confiesa su obsesión y debilidad por el toque de ánimas.

¹³⁵⁰ Los versos 1350 a 1353 se encuentran igualmente en *Margarita la tornera*, al final del capítulo II.

JUAN. ¿Y don Luis?
 CIUT. Libre por hoy
 estáis de él.
 JUAN. Ahora quisiera
 ver a Lucía.
 CIUT. Llegar
 podéis aquí. (*A la reja derecha.*) Yo la llamo,
 y al salir a mi reclamo 1360
 la podéis vos abordar.
 JUAN. Llama, pues.
 CIUT. La seña mía
 sabe bien para que dude
 en acudir.
 JUAN. Pues si acude
 lo demás es cuenta mía. 1365
 (*CIUTTI llama a la reja con una seña que parece
 convenida. LUCÍA se asoma a ella, y al ver a
 DON JUAN se detiene un momento.*)

ESCENA XI

DON JUAN, LUCÍA, CIUTTI

LUCÍA. ¿Qué queréis, buen caballero?
 JUAN. Quiero.
 LUCÍA. ¿Qué queréis? Vamos a ver.
 JUAN. Ver.
 LUCÍA. ¿Ver? ¿Qué veréis a esta hora? 1370
 JUAN. A tu señora.

¹³⁶⁶ A estos ovillojos (o séptimas reales) alude Zorrilla en *Recuerdos*. El Laberinto los criticaba así: «Está por de contado escrito (el *Tenorio*) en variedad de metros, pero llega hasta el abuso esta variedad cuando, por hacer alarde, sin duda, de su destreza de versificación, introduce el autor, con mucho perjuicio del diálogo, la séptima real, que otros llaman ovillojo, metro el de peor gusto que ha podido inventarse, y que si puede soportarse acaso en composiciones ligeras y festivas, siempre han de parecer mal en la escena» (*Zorrilla*, pág. 416).

- LUCÍA. Idos, hidalgo, en mal hora;
¿quién pensáis que vive aquí?
- JUAN. Doña Ana Pantoja, y
quiero ver a tu señora. 1375
- LUCÍA. ¿Sabéis que casa doña Ana?
- JUAN. Sí, mañana.
- LUCÍA. ¿Y ha de ser tan infiel ya?
- JUAN. Sí será.
- LUCÍA. ¿Pues no es de don Luis Mejía?
- JUAN. ¡Ca! Otro día. 1380
- Hoy no es mañana, Lucía:
yo he de estar hoy con doña Ana,
y si se casa mañana,
mañana será otro día. 1385
- LUCÍA. ¡Ah! ¿En recibiros está?
- JUAN. Podrá.
- LUCÍA. ¿Qué haré si os he de servir?
- JUAN. Abrir.
- LUCÍA. ¡Bah! ¿Y quién abre este castillo?
- JUAN. Ese bolsillo. 1390
- LUCÍA. ¿Oro?
- JUAN. Pronto te dio el brillo.
- LUCÍA. ¡Cuánto!
- JUAN. De cien doblas pasa.
- LUCÍA. ¡Jesús!
- JUAN. Cuenta y di: ¿esta casa
podrá abrir este bolsillo? 1395
- LUCÍA. ¡Oh! Si es quien me dora el pico...
- JUAN. Muy rico. *(Interrumpiéndola.)*
- LUCÍA. ¿Sí? ¿Qué nombre usa el galán?
- JUAN. Don Juan.
- LUCÍA. ¿Sin apellido notorio?
- JUAN. Tenorio. 1400
- LUCÍA. ¡Ánimas del purgatorio!
¿Vos don Juan?

¹³⁹¹ Muestra aquí una de las características de don Juan, según Octavio Pi-
cón: «espléndido con la interesada, y aquí de las alhajas» (*Dulce y sabrosa*, edi-
ción de Gonzalo Sobejano, Madrid, Cátedra, pág. 72).

JUAN.	¿Qué te amedrenta, si a tus ojos se presenta <i>muy rico don Juan Tenorio?</i>	1405
LUCÍA.	Rechina la cerradura.	
JUAN.	Se asegura.	
LUCÍA.	¿Y a mí, quién? ¡Por Belcebú!	
JUAN.	Tú.	
LUCÍA.	¿Y qué me abrirá el camino?	1410
JUAN.	Buen tino.	
LUCÍA.	¡Bah! Ir en brazos del destino...	
JUAN.	Dobla el oro.	
LUCÍA.	Me acomodo.	
JUAN.	Pues mira cómo de todo <i>se asegura tu buen tino.</i>	1415
LUCÍA.	Dadme algún tiempo, ¡pardiez!	
JUAN.	A las diez.	
LUCÍA.	¿Dónde os busco, o vos a mí?	
JUAN.	Aquí.	
LUCÍA.	¿Conque estaréis puntual, eh?	1420
JUAN.	Estaré.	
LUCÍA.	Pues yo una llave os traeré.	
JUAN.	Y yo otra igual cantidad.	
LUCÍA.	No me faltéis.	
JUAN.	No en verdad; <i>a las diez aquí estaré.</i>	1425
LUCÍA.	Adiós, pues, y en mí te fía.	
JUAN.	Y en mí el garboso galán.	
LUCÍA.	Adiós, pues, franca Lucía.	
LUCÍA.	Adiós, pues, rico don Juan.	
	LUCÍA <i>cierra la ventana.</i> CIUTTI <i>se acerca a</i> DON JUAN <i>a una seña de éste.</i>)	

ESCENA XII

DON JUAN, CIUTTI

JUAN	(<i>Riéndose.</i>) Con oro nada hay que falle:	1430
------	---	------

Ciutti ya sabes mi intento:
a las nueve en el convento;
a las diez, en esta calle.

(Vanse.)

¹⁴³¹ Zorrilla mismo critica la inverosimilitud del tiempo en su drama: «El primer acto comienza a las ocho; pasa todo: prenden a don Juan y a Don Luis; cuentan cómo se han arreglado para salir de su prisión: preparan Don Juan y Ciutti la traición contra Don Luis, y concluye el acto segundo diciendo Don Juan:

A las nueve en el convento,
a las diez en esta calle.

Reloj en mano, y había uno en la embocadura del teatro en que se estrenó, son las nueve y tres cuartos, dando de barato que en el entreacto haya podido pasar lo que pasa. Estas horas de doscientos minutos son exclusivamente propias del reloj de mi Don Juan» (R, I, 154).

ACTO TERCERO

Profanación

Celda de DOÑA INÉS. Puerta en el fondo y a la izquierda

ESCENA PRIMERA

DOÑA INÉS, *la ABADESA*

ABAD.	¿Conque me habéis entendido?	
INÉS.	Sí, señora.	
ABAD.	Está muy bien;	1435
	la voluntad decisiva	
	de vuestro padre tal es.	
	Sois joven, cándida y buena;	
	vivido en el claustro habéis	
	casi desde que nacisteis;	1440
	y para quedar en él	
	atada con santos votos	

¹⁴³⁴ Este convento sevillano pertenecía a la orden de Calatrava. La orden de religiosas Calatravas fue fundada en 1219. Se exigía prueba de nobleza para entrar en ella. La Abadesa es un personaje nuevo introducido por Zorrilla.

¹⁴⁴² Aquí alude a los votos perpetuos o profesión perpetua. En el siguiente diálogo entre Inés y la Abadesa abundan términos de la ascética.

para siempre, ni aún tenéis,
 como otras, pruebas difíciles
 ni penitencias que hacer. 1445
 ¡Dichosa mil veces vos!
 Dichosa, sí, doña Inés,
 que no conociendo el mundo,
 no le debéis de temer.
 ¡Dichosa vos, que del claustro 1450
 al pisar en el dintel,
 no os volveréis a mirar
 lo que tras vos dejaréis!
 Y los mundanos recuerdos
 del bullicio y del placer 1455
 no os turbarán tentadores
 del ara santa a los pies;
 pues ignorando lo que hay
 tras esa santa pared,
 lo que tras ella se queda 1460
 jamás apeteceréis.
 Mansa paloma enseñada
 en las palmas a comer
 del dueño que la ha criado
 en doméstico vergel, 1465
 no habiendo salido nunca
 de la protectora red,
 no ansiaréis nunca las alas
 por el espacio tender.
 Lirio gentil, cuyo tallo 1470
 mecieron sólo tal vez
 las embalsamadas brisas
 del más florecido mes,
 aquí a los besos del aura
 vuestro cáliz abriréis, 1475
 y aquí vendrán vuestras hojas
 tranquilamente a caer.
 Y en el pedazo de tierra
 que abarca nuestra estrechez,
 y en el pedazo de cielo 1480
 que por las rejas se ve,

vos no veréis más que un lecho
do en dulce sueño yacer,
y un velo azul suspendido
a las puertas del Edén. 1485
¡Ay! En verdad que os envidio,
venturosa doña Inés,
con vuestra inocente vida,
la virtud del no saber.
¿Mas por qué estáis cabizbaja? 1490
¿Por qué no me respondéis
como otras veces, alegre,
cuando en lo mismo os hablé?
¿Suspiráis?... ¡Oh!, ya comprendo:
de vuelta aquí hasta no ver 1495
a vuestra aya, estáis inquieta;
pero nada receléis.
A casa de vuestro padre
fue casi al anochecer,
y abajo en la portería 1500
estará: yo os la enviaré,
que estoy de vela esta noche.
Conque, vamos, doña Inés,
recogeos, que ya es hora:
mal ejemplo no me deis 1505
a las novicias, que ha tiempo
que duermen ya: hasta después.
Id con Dios, madre abadesa.
Adiós, hija.

INÉS.
ABAD.

ESCENA II

DOÑA INÉS

Ya se fue.
No sé qué tengo, ¡ay de mí!, 1510
que en tumultuoso tropel

mil encontradas ideas
 me combaten a la vez.
 Otras noches complacida
 sus palabras escuché; 1515
 y de esos cuadros tranquilos
 que sabe pintar tan bien,
 de esos placeres domésticos
 la dichosa sencillez
 y la calma venturosa, 1520
 me hicieron apetecer
 la soledad de los claustros
 y su santa rigidez.
 Mas hoy la oí distraída,
 y en sus pláticas hallé, 1525
 si no enojosos discursos
 a lo menos aridez.
 Y no sé por qué al decirme
 que podría acontecer
 que se acelerase el día 1530
 de mi profesión, temblé;
 y sentí del corazón
 acelerarse el vaivén,
 y teñírseme el semblante
 de amarilla palidez. 1535
 ¡Ay de mí...! ¡Pero mi dueña,
 dónde estará...! Esa mujer
 con sus pláticas al cabo
 me entretiene alguna vez.
 Y hoy la echo menos... acaso 1540
 porque la voy a perder,
 que en profesando es preciso
 renunciar a cuanto amé.
 Mas pasos siento en el claustro;
 ¡oh!, reconozco muy bien 1545
 sus pisadas... Ya está aquí.

ESCENA III

DOÑA INÉS, BRÍGIDA

- BRÍG. Buenas noches, doña Inés.
 INÉS. ¿Cómo habéis tardado tanto?
 BRÍG. Voy a cerrar esta puerta.
 INÉS. Hay orden de que esté abierta. 1550
 BRÍG. Eso es muy bueno y muy santo
 para las otras novicias
 que han de consagrarse a Dios,
 no, doña Inés, para vos.
 INÉS. Brígida, ¿no ves que vicias 1555
 las reglas del monasterio
 que no permiten...?
 BRÍG. ¡Bah!, ¡bah!
 Más seguro así se está,
 y así se habla sin misterio
 ni estorbos: ¿habéis mirado 1560
 el libro que os he traído?
 INÉS. ¡Ay!, se me había olvidado.
 BRÍG. ¡Pues me hace gracia el olvido!
 INÉS. ¡Como la madre abadesa
 se entró aquí inmediatamente! 1565
 BRÍG. ¡Vieja más impertinente!
 INÉS. ¿Pues tanto el libro interesa?
 BRÍG. ¡Vaya si interesa! Mucho.
 ¡Pues quedó con poco afán
 el infeliz!
 INÉS. ¿Quién?
 BRÍG. Don Juan. 1570

¹⁵⁷⁰ En *Dulce y sabrosa*, Octavio Picón nos ofrece su versión de don Juan. Su héroe «no es un seductor vulgar, ni un calavera vicioso, ni un malvado, sino un hombre enamorado que se siente impulsado hacia ellas, para iniciarles en los deliciosos misterios del amor» (págs. 70-71). Pero su estrategia nos recuerda al Tenorio zorrillesco: «Es religioso con la devota, a quien obsequia con primorosos rosarios y virgencitas de plata» (pág. 72).

- INÉS. ¡Válgame el cielo! ¡Qué escucho!
BRÍG. ¿Es don Juan quien me le envía?
INÉS. Por supuesto.
BRÍG. ¡Oh! Yo no debo tomarle.
¡Pobre mancebo!
Desairarle así, sería 1575
matarle.
- INÉS. ¿Qué estás diciendo?
BRÍG. Si ese horario no tomáis,
tal pesadumbre le dais
que va a enfermar; lo estoy viendo.
INÉS. ¡Ah! No, no: de esa manera, 1580
le tomaré.
- BRÍG. Bien haréis.
INÉS. ¡Y qué bonito es!
BRÍG. Ya veis;
quien quiere agradar, se esmera.
INÉS. Con sus manecillas de oro. 1585
¡Y cuidado que está prieto!
- A ver, a ver si completo
contiene el rezo del coro.
(*Le abre, y cae una carta de entre sus hojas.*)
Mas, ¿qué cayó?
- BRÍG. Un papelito.
INÉS. ¡Una carta!
BRÍG. Claro está;
en esa carta os vendrá 1590
ofreciendo el regalito.
- INÉS. ¡Qué! ¿Será suyo el papel?
BRÍG. ¡Vaya, que sois inocente!
Pues que os feria, es consiguiente
que la carta será de él. 1595
¡Ay, Jesús!
- INÉS. ¿Qué es lo que os da?
BRÍG. Nada, Brígida, no es nada.
INÉS. No, no; si estáis inmutada.
BRÍG. (Ya presa en la red está.)
¿Se os pasa?

INÉS.	Sí.	
BRÍG.	Eso habrá sido	1600
	cualquier mareillo vano.	
INÉS.	¡Ay! Se me abrasa la mano	
	con que el papel he cogido.	
BRÍG.	Doña Inés, ¡válgame Dios!	
	Jamás os he visto así:	1605
	estáis trémula.	
INÉS.	¡Ay de mí!	
BRÍG.	¿Qué es lo que pasa por vos?	
INÉS.	No sé... El campo de mi mente	
	siento que cruzan perdidas	
	mil sombras desconocidas	1610
	que me inquietan vagamente;	
	y ha tiempo al alma me dan	
	con su agitación tortura.	
BRÍG.	¿Tiene alguna, por ventura,	
	el semblante de don Juan?	1615
INÉS.	No sé: desde que le vi,	
	Brígida mía, y su nombre	
	me dijiste, tengo a ese hombre	
	siempre delante de mí.	
	Por doquiera me distraigo	1620
	con su agradable recuerdo,	
	y si un instante le pierdo,	
	en su recuerdo recaigo.	
	No sé qué fascinación	
	en mis sentidos ejerce,	1625
	que siempre hacia él se me tuerce	
	la mente y el corazón:	
	y aquí y en el oratorio,	
	y en todas partes, advierto	
	que el pensamiento divierto	1630
	con la imagen de Tenorio.	
BRÍG.	¡Válgame Dios! Doña Inés,	
	según lo vais explicando,	
	tentaciones me van dando	
	de creer que eso amor es.	1635
INÉS.	¡Amor has dicho!	

BRÍG.	Si, amor.	
INÉS.	No, de ninguna manera.	
BRÍG.	Pues por amor lo entendiera el menos entendedor; mas vamos la carta a ver:	1640
INÉS.	¿en qué os paráis? ¿Un suspiro? ¡Ay!, que cuanto más la miro, menos me atrevo a leer. (Lee.)	
BRÍG.	«Doña Inés del alma mía.» ¡Virgen Santa, qué principio! Vendrá en verso, y será un ripio que traerá la poesía.	1645
INÉS.	Vamos, seguid adelante. (Lee.)	
	«Luz de donde el sol la toma, hermosísima paloma privada de libertad,	1650
	si os dignáis por estas letras pasar vuestros lindos ojos, no los tornéis con enojos sin concluir, acabad.»	1655
BRÍG.	¡Qué humildad! ¡Y qué finura! ¿Dónde hay mayor rendimiento?	
INÉS.	Brígida, no sé qué siento.	
BRÍG.	Seguid, seguid la lectura.	
INÉS.	(Lee.)	
	«Nuestros padres de consuno nuestras bodas acordaron, porque los cielos juntaron los destinos de los dos.	1660
	Y halagado desde entonces con tan risueña esperanza,	1665
	mi alma, doña Inés, no alcanza otro porvenir que vos. De amor con ella en mi pecho brotó una chispa ligera,	
	que han convertido en hoguera tiempo y afición tenaz:	1670

- y esta llama que en mí mismo
 se alimenta inextinguible,
 cada día más terrible
 va creciendo y más voraz.» 1675
 BRÍG. Es claro; esperar le hicieron
 en vuestro amor algún día,
 y hondas raíces tenía
 cuando a arrancársele fueron.
 Seguid.
- INÉS. (Lee.) «En vano a apagarla
 concurren tiempo y ausencia,
 que doblando su violencia,
 no hoguera ya, volcán es.
 Y yo, que en medio del cráter
 desamparado batallo, 1680
 suspendido en él me hallo
 entre mi tumba y mi Inés.»
 BRÍG. ¿Lo veis, Inés? Si ese horario
 le despreciáis, al instante
 le preparan el sudario. 1685
 Yo desfallezco.
- INÉS. Adelante.
 BRÍG.
 INÉS. (Lee.)
- «Inés, alma de mi alma,
 perpetuo imán de mi vida,
 perla sin concha escondida 1695
 entre las algas del mar;
 garza que nunca del nido
 tender osastes el vuelo,
 el diáfano azul del cielo
 para aprender a cruzar:
 si es que a través de esos muros 1700
 el mundo apenas miras,
 y por el mundo suspiras
 de libertad con afán,
 acuérdate que al pie mismo
 de esos muros que te guardan, 1705
 para salvarte te aguardan
 los brazos de tu don Juan.»

- (Representa.)
 ¿Qué es lo que me pasa, ¡cielo!,
 que me estoy viendo morir?
 (Ya tragó todo el anzuelo.)
 Vamos, que está al concluir.
 1710
- BRÍG.
 INÉS.
 (Lee.)
 «Acuérdate de quien llora
 al pie de tu celosía
 y allí le sorprende el día
 y le halla la noche allí;
 acuérdate de quien vive
 sólo por ti, ¡vida mía!,
 y que a tus pies volaría
 si le llamaras a ti.»
 1715
- BRÍG.
 INÉS.
 ¿Lo veis? Vendría.
 ¡Vendría!
 1720
- BRÍG.
 INÉS.
 A postrarse a vuestros pies.
 ¿Puede?
 ¡Oh!, sí.
 ¡Virgen María!
 Pero acabad, doña Inés.
 (Lee.)
 «Adiós, ¡oh luz de mis ojos!
 Adiós, Inés de mi alma:
 medita, por Dios, en calma
 las palabras que aquí van:
 y si odias esa clausura,
 que ser tu sepulcro debe,
 manda, que a todo se atreve
 por tu hermosura don Juan.»
 1725
- BRÍG.
 INÉS.
 (Representa DOÑA INÉS.)
 ¡Ay! ¿Qué filtro envenenado
 me dan en este papel,
 que el corazón desgarrado
 me estoy sintiendo con él?
 1730
- BRÍG.
 INÉS.
 ¿Qué sentimientos dormidos
 son los que revela en mí?
 ¿Qué impulsos jamás sentidos?
 ¿Qué luz, que hasta hoy nunca vi?
 1735

¿Qué es lo que engendra en mi alma 1740
tan nuevo y profundo afán?
¿Quién roba la dulce calma
de mi corazón?

BRÍG. Don Juan.
INÉS. ¡Don Juan dices....! ¿Conque ese hombre
me ha de seguir por doquier? 1745
¿Sólo he de escuchar su nombre?
¿Sólo su sombra he de ver?
¡Ah! Bien dice: juntó el cielo
los destinos de los dos,
y en mi alma engendró este anhelo 1750
fatal.

BRÍG. ¡Silencio, por Dios!
(Se oyen dar las ánimas.)
INÉS. ¿Qué?
BRÍG. ¡Silencio!
INÉS. Me estremeces.
BRÍG. ¿Oís, doña Inés, tocar?
INÉS. Sí, lo mismo que otras veces
las ánimas oigo dar. 1755
BRÍG. Pues no habléis de él.
INÉS. ¡Cielo santo!
¿De quién?

BRÍG. ¿De quién ha de ser?
De ese don Juan que amáis tanto,
porque puede aparecer.
INÉS. ¡Me amedrentas! ¿Puede ese hombre 1760
llegar hasta aquí?

BRÍG. Quizá.
Porque el eco de su nombre
tal vez llega adonde está.
INÉS. ¡Cielos! ¿Y podrá?...
BRÍG. ¿Quién sabe?

¹⁷⁵¹ Alonso Cortés, en *Zorrilla*, pág. 422, nota, cita a Ángel Ramírez, que señala las obras teatrales en que suena el toque de campanas: *Un año y un día*, *El encapuchado*, *El alcalde Ronquillo* y *El Zapatero y el Rey*.

INÉS.	¿Es un espíritu, pues?	1765
BRIG.	No, mas si tiene una llave...	
INÉS.	¡Dios!	
BRIG.	Silencio, doña Inés: ¿no oís pasos?	
INÉS.	¡Ay! Ahora nada oigo.	
BRIG.	Las nueve dan. Suben..., se acercan... Señora... Ya está aquí.	1770
INÉS.	¿Quién?	
BRIG.	Él.	
INÉS.	¡Don Juan!	

ESCENA IV

DOÑA INÉS, DON JUAN, BRÍGIDA

INÉS.	¿Qué es esto? Sueño..., deliro.	
JUAN.	¡Inés de mi corazón!	
INÉS.	¿Es realidad lo que miro, o es una fascinación...?	1775
	Tenedme..., apenas respiro... Sombra..., huye por compasión. ¡Ay de mí...!	
	<i>(Desmáyase DOÑA INÉS y DON JUAN la sostiene. La carta de DON JUAN queda en el suelo abandonada por DOÑA INÉS al desmayarse.)</i>	
BRIG.	La ha fascinado vuestra repentina entrada, y el pavor la ha trastornado.	1780
JUAN.	Mejor: así nos ha ahorrado la mitad de la jornada. ¡Ea! No desperdiciemos el tiempo aquí en contemplarla, si perdernos no queremos.	1785

En los brazos a tomarla
voy, y cuanto antes, ganemos
ese claustro solitario.
BRIG. ¡Oh, vais a sacarla así!
JUAN. Necia, ¿piensas que rompí
la clausura, temerario,
para dejármela aquí?
Mi gente abajo me espera:
sígueme.

1790

BRIG. ¡Sin alma estoy!
¡Ay! Este hombre es una fiera;
nada le ataja ni altera...
Sí, sí; a su sombra me voy.

1795

ESCENA V

LA ABADESA

Jurara que había oído
por estos claustros andar:
hoy a doña Inés velar
algo más la he permitido.
Y me temo... Mas no están
aquí. ¿Qué pudo ocurrir
a las dos, para salir
de la celda? ¿Dónde irán?
¡Hola! Yo las ataré
corto para que no vuelvan
a enredar, y me revuelvan
a las novicias..., sí a fe.
Mas siento por allá fuera
pasos. ¿Quién es?

1800

1805

1810

¹⁷⁹⁷ Este rapto de doña Inés no es ya un afán de ganar la apuesta hecha a Mejía, sino consecuencia de su violenta pasión amorosa.

ESCENA VI

LA ABADESA, LA TORNERA

- TORN. Yo, señora.
 ABAD. ¡Vos en el claustro a esta hora!
 TORN. ¿Qué es esto, hermana tornera?
 ABAD. Madre abadesa, os buscaba.
 TORN. ¿Qué hay? Decid.
 Un noble anciano 1815
 quiere hablaros.
 ABAD. Es en vano.
 TORN. Dice que es de Calatrava
 caballero; que sus fueros
 le autorizan a este paso,
 y que la urgencia del caso 1820
 le obliga al instante a veros.
 ABAD. ¿Dijo su nombre?
 TORN. El señor
 don Gonzalo de Ulloa.
 ABAD. ¿Qué
 puede querer...? Abralé
 hermana: es comendador 1825
 de la Orden, y derecho
 tiene en el claustro de entrada.

ESCENA VII

LA ABADESA

- ¿A una hora tan avanzada
 venir así...? No sospecho
 qué pueda ser..., mas me place, 1830

¹⁸²⁴ «Abralé» es otro ejemplo de diástole.

¹⁸²⁷ Los comendadores mayores y maestros tenían derecho de entrada en la clausura de sus conventos.

pues no hallando a su hija aquí,
la reprenderá, y así
mirará otra vez lo que hace.

ESCENA VIII

LA ABADESA, DON GONZALO, LA TORNERA, *a la puerta*

GONZ.	Perdonad, madre abadesa, que en hora tal os moleste; mas para mí, asunto es éste que honra y vida me interesa.	1835
ABAD.	¡Jesús!	
GONZ.	Oíd.	
ABAD.	Hablad, pues.	
GONZ.	Yo guardé hasta hoy un tesoro de más quilates que el oro, y ese tesoro es mi Inés.	1840
ABAD.	A propósito.	
GONZ.	Escuchad. Se me acaba de decir que han visto a su dueña ir ha poco por la ciudad hablando con un criado que un don Juan, de tal renombre, que no hay en la tierra otro hombre tan audaz y tan malvado. En tiempo atrás se pensó con él a mi hija casar, y hoy, que se la fui a negar, robármela me juró. Que por el torpe doncel ganada la dueña está, no puedo dudarle ya: debo, pues, guardarme de él. Y un día, una hora quizás de imprevisión, le bastara	1845 1850 1855

- para que mi honor manchara
a ese hijo de Satanás. 1860
- He aquí mi inquietud cuál es:
por la dueña, en conclusión,
vengo: vos la profesión
abreviad de doña Inés. 1865
- ABAD. Sois padre, y es vuestro afán
muy justo, comendador;
mas ved que ofende a mi honor.
- GONZ. No sabéis quién es don Juan.
- ABAD. Aunque le pintáis tan malo, 1870
yo os puedo decir de mí,
que mientras Inés esté aquí,
segura está, don Gonzalo.
- GONZ. Lo creo; mas las razones
abreviemos: entregadme 1875
a esa dueña, y perdonadme
mis mundanas opiniones.
Si vos de vuestra virtud
me respondéis, yo me fundo
en que conozco del mundo 1880
la insensata juventud.
- ABAD. Se hará como lo exigís.
Hermana tornera, id, pues,
a buscar a doña Inés
y a su dueña. (Vase LA TORNERA.)
- GONZ. ¿Qué decís, 1885
señora? O traición me ha hecho
mi memoria, o yo sé bien
que ésta es hora de que estén
ambas a dos en su lecho.
- ABAD. Ha un punto sentí a las dos 1890
salir de aquí, no sé a qué.
- GONZ. ¡Ay! Por qué tiemblo no sé.
¡Mas qué veo, santo Dios!
Un papel..., me lo decía
a voces mi mismo afán. 1895
(Leyendo.)
«Doña Inés del alma mía...»

Y la firma de don Juan.
Ved..., ved..., esa prueba escrita.
Leed ahí... ¡Oh! Mientras que vos
por ella rogáis a Dios
viene el diablo y os la quita.

1900

ESCENA IX

LA ABADESA, DON GONZALO, LA TORNERA

TORN.	Señora...
ABAD.	¿Qué es?
TORN.	Vengo muerta.
GONZ.	Concluid.
TORN.	No acierto a hablar... He visto a un hombre saltar por las tapias de la huerta.
GONZ.	¿Veis? Corramos: ¡ay de mí!
ABAD.	¿Dónde vais, comendador?
GONZ.	¡Imbécil!, tras de mi honor, que os roban a vos de aquí.

1905

¹⁹⁰¹ Estas palabras blasfematorias del Comendador (menosprecio del poder de la oración) son un ejemplo de sus pecados.

ACTO CUARTO

El Diablo a las puertas del Cielo

*Quinta de don Juan Tenorio cerca de Sevilla y sobre el Guadalquivir.
Balcón en el fondo. Dos puertas a cada lado*

ESCENA PRIMERA

BRÍGIDA, CIUTTI

- | | | |
|-------|---|------------------------------|
| BRÍG. | ¡Qué noche, válgame Dios!
A poderlo calcular
no me meto yo a servir
a tan fogoso galán.
¡Ay, Ciutti! Molida estoy;
no me puedo menear. | 1910 |
| CIUT. | ¿Pues qué os duele? | 1915 |
| BRÍG. | Todo el cuerpo
y toda el alma además. | |
| CIUT. | ¡Ya! No estáis acostumbrada
al caballo, es natural. | |
| BRÍG. | Mil veces pensé caer:
¡uf!, ¡qué mareo!, ¡qué afán!
Veía yo unos en otros
ante mis ojos pasar
los árboles como en alas
llevados de un huracán, | 1920

1925 |

- tan apriesa y produciéndome
ilusión tan infernal,
que perdiera los sentidos
si tardamos en parar.
- CIUT. Pues de estas cosas veréis,
si en esta casa os quedáis,
lo menos seis por semana.
¡Jesús!
- BRÍG.
CIUT. ¿Y esa niña está
reposando todavía?
- BRÍG.
CIUT. ¿Y a qué se ha de despertar?
Sí, es mejor que abra los ojos
en los brazos de don Juan.
- BRÍG.
CIUT. Preciso es que tu amo tenga
algún diablo familiar.
Yo creo que sea él mismo
un diablo en carne mortal
porque a lo que él, solamente
se arrojara Satanás.
- BRÍG.
CIUT. ¡Oh! ¡El lance ha sido extremado!
BRÍG. Pero al fin logrado está.
¡Salir así de un convento
en medio de una ciudad
como Sevilla!
- CIUT. Es empresa
tan sólo para hombre tal.
Mas, ¡qué diablos!, si a su lado
la fortuna siempre va,
y encadenado a sus pies
duerme sumiso el azar.
- BRÍG.
CIUT. Sí, decid bien.
No he visto hombre
de corazón más audaz;
ni halla riesgo que le espante,
ni encuentra dificultad
que al empeñarse en vencer
le haga un punto vacilar.
- A todo osado se arroja,
de todo se ve capaz,

1930

1935

1940

1945

1950

1955

1960

- ni mira dónde se mete,
ni lo pregunta jamás.
Allí hay un lance, le dicen;
y él dice: «Allá va don Juan.» 1965
¡Mas ya tarda, vive Dios!
BRÍG. Las doce en la catedral
han dado ha tiempo.
- CIUT. Y de vuelta
debía a las doce estar.
- BRÍG. ¿Pero por qué no se vino 1970
con nosotros?
- CIUT. Tiene allá
en la ciudad todavía
cuatro cosas que arreglar.
- BRÍG. ¿Para el viaje?
- CIUT. Por supuesto;
aunque muy fácil será 1975
que esta noche a los infiernos
le hagan a él mismo viajar.
¡Jesús, qué ideas!
- BRÍG. Pues digo:
¿son obras de caridad
en las que nos empleamos, 1980
para mejor esperar?
Aunque seguros estamos
como vuelva por acá.
¿De veras, Ciutti?
- BRÍG. Venid
CIUT. a este balcón, y mirad. 1985
¿Qué veis?
- BRÍG. Veo un bergantín
que anclado en el río está.
- CIUT. Pues su patrón sólo aguarda
las órdenes de don Juan,
y salvos, en todo caso, 1990
a Italia nos llevará.
- BRÍG. ¿Cierto?
- CIUT. Y nada receléis
por vuestra seguridad;

	que es el barco más velero que boga sobre la mar.	1995
BRÍG. CIUT.	¡Chist! Ya siento a doña Inés. Pues yo me voy, que don Juan encargó que sola vos debíais con ella hablar.	
BRÍG.	Y encargó bien, que yo entiendo de esto.	2000
CIUT. BRÍG.	Adiós, pues. Vete en paz.	

ESCENA II

DOÑA INÉS, BRÍGIDA

INÉS.	Dios mío, ¡cuánto he soñado! Loca estoy: ¿qué hora será? ¿Pero qué es esto, ay de mí? No recuerdo que jamás haya visto este aposento. ¿Quién me trajo aquí?	2005
BRÍG. INÉS.	Don Juan. Siempre don Juan..., ¿mas conmigo aquí tú también estás, Brígida?	
BRÍG. INÉS.	Sí, doña Inés. Pero dime, en caridad, ¿dónde estamos? ¿Este cuarto es del convento?	2010
BRÍG.	No tal: aquello era un cuchitril en donde no había más que miseria.	2015
INÉS.	Pero, en fin, ¿en dónde estamos?	
BRÍG.	Mirad, mirad por este balcón,	

	y alcanzaréis lo que va desde un convento de monjas a una quinta de don Juan.	2020
INÉS.	¿Es de don Juan esta quinta?	
BRÍG.	Y creo que vuestra ya.	
INÉS.	Pero no comprendo, Brígida, lo que hablas.	
BRÍG.	Escuchad.	2025
	Estabais en el convento leyendo con mucho afán una carta de don Juan, cuando estalló en un momento un incendio formidable.	
	¡Jesús!	2030
INÉS.	Espantoso, inmenso;	
BRÍG.	el humo era ya tan denso, que el aire se hizo palpable.	
	Pues no recuerdo...	
	Las dos con la carta entretenidas, olvidamos nuestras vidas, yo oyendo, y leyendo vos.	2035
	Y estaba, en verdad, tan tierna, que entrambas a su lectura achacamos la tortura que sentíamos interna.	2040
	Apenas ya respirar podíamos, y las llamas prendían ya en nuestras camas: nos íbamos a asfixiar,	2045
	cuando don Juan, que os adora, y que rondaba el convento, al ver crecer con el viento la llama devastadora,	
	con inaudito valor,	2050
	viendo que ibais a abrasaros, se metió para salvaros, por donde pudo mejor.	
	Vos, al verle así asaltar	

	la celda tan de improviso, os desmayasteis..., preciso; la cosa era de esperar. Y él, cuando os vio caer así, en sus brazos os tomó y echó a huir; yo le seguí, y del fuego nos sacó. ¿Dónde íbamos a esta hora? Vos seguíais desmayada, yo estaba ya casi ahogada. Dijo, pues: «Hasta la aurora en mi casa las tendré.» Y henos, doña Inés, aquí. ¿Conque ésta es su casa?	2055
INÉS.		
BRÍG.	Si.	
INÉS.	Pues nada recuerdo, a fe. Pero..., ¡en su casa...! ¡Oh! Al punto salgamos de ella..., yo tengo la de mi padre.	2060
BRÍG.	Convengo con vos; pero es el asunto...	
INÉS.	¿Qué?	
BRÍG.	Que no podemos ir.	
INÉS.	Oír tal me maravilla.	2075
BRÍG.	Nos aparta de Sevilla...	
INÉS.	¿Quién?	
BRÍG.	Vedlo, el Guadalquivir.	
INÉS.	¿No estamos en la ciudad?	
BRÍG.	A una legua nos hallamos de sus murallas.	
INÉS.	¡Oh! ¡Estamos perdidas!	2080

²⁰⁸⁰ Zorrilla alude frecuentemente a esta ciudad andaluza: «En 1826 fue enviado mi padre a la Audiencia de Sevilla, en cuya ciudad permanecimos un año, y desde entonces llevaba yo fotografiados en mi memoria la Torre del Oro a la margen del Guadalquivir, San Telmo, la Giralda, el puente de barcas de Triana, la casa y el jardín tapizados de pasionarias de la calle de los Monsalves en que viví, la plaza de toros...» (Zorrilla, pág. 44). Ortega, en «In-

Una sola vez le vi
por entre unas celosías,
y que estaba, me decías,
en aquel sitio por mí. 2110
Tú, Brígida, a todas horas
me venías de él a hablar,
haciéndome recordar
sus gracias fascinadoras.

Tú me dijiste que estaba 2115
para mío destinado
por mi padre..., y me has jurado
en su nombre que me amaba.

¿Que le amo, dices?... Pues bien,
si esto es amar, sí, le amo; 2120
pero yo sé que me infamo
con esa pasión también.

Y si el débil corazón
se me va tras de don Juan,
tirándome de él están 2125
mi honor y mi obligación.

Vamos, pues; vamos de aquí
primero que ese hombre venga;
pues fuerza acaso no tenga
si le veo junto a mí.
Vamos, Brígida. 2130

BRÍG.

Esperad.

¿No oís?

INÉS.

¿Qué?

BRÍG.

Ruido de remos.

INÉS.

Sí, dices bien; volveremos
en un bote a la ciudad.

BRÍG.

Mirad, mirad, doña Inés.

INÉS.

Acaba..., por Dios, partamos. 2135

BRÍG.

Ya imposible que salgamos.
¿Por qué razón?

INÉS.

Porque él es
quien en ese barquichuelo
se adelanta por el río.

INÉS.

¡Ay! ¡Dadme fuerzas, Dios mío! 2140

- BRIG. Ya llegó, ya está en el suelo.
Sus gentes nos volverán
a casa: mas antes de irnos,
es preciso despedirnos
a lo menos de don Juan. 2145
- INÉS. Sea, y vamos al instante.
No quiero volverle a ver.
- BRIG. (Los ojos te hará volver
el encontrarle delante.)
Vamos.
- INÉS. Vamos.
- CIUT. (Dentro.) Aquí están. 2150
- JUAN. (Ídem.)
Alumbra.
- BRIG. ¡Nos busca!
- INÉS. Él es.

ESCENA III

DICHOS, DON JUAN

- JUAN. ¿A dónde vais, doña Inés?
- INÉS. Dejadme salir, don Juan.
- JUAN. ¿Que os deje salir?

²¹⁵² Escena llamada «del Diván» o «del Sofá». Aludiendo a estas décimas escribe *El Laberinto*: «Mejor y con más fortuna camina el genio poético del autor cuando, sin faltar a la naturalidad ni pecar contra el buen gusto, pone en boca de los interlocutores, en bellísimos versos, la expresión de los más vivos afectos» (*Zorrilla*, pág. 416). Pero el propio autor disientía de este parecer: estas décimas eran para él «artificiosas», «mal traídas» y «fuera de lugar». «De la desatinada ocurrencia mía», escribe, «de colocar en tan dramática situación tan floridas décimas, resulta que no ha habido ni hay actor que haya acertado ni pueda acertar a decir las bien...; me entretuve en meter a la paloma y a la gacela, y a las estrellas y a los azahares, en aquel dúo de arullos de tórtolas, en lugar de probar en unos versos ardientes, vigorosos y apasionados, la verdad de aquel amor profundo, único, que, celeste o satánico, salva o condena; obligando a Dios a hacer aquellas famosas maravillas que constituyen la segunda parte de mi *Don Juan*» (*R*, I, 155-56).

BRIG.	Señor, sabiendo ya el accidente del fuego, estará impaciente por su hija el comendador.	2155
JUAN.	¡El fuego! ¡Ah! No os dé cuidado por don Gonzalo, que ya dormir tranquilo le hará el mensaje que le he enviado.	2160
INÉS.	¿Le habéis dicho...?	
JUAN.	Que os hallabais bajo mi amparo segura, y el aura del campo pura, libre, por fin, respirabais. ¡Cálmate, pues, vida mía! Reposa aquí; y un momento olvida de tu convento la triste cárcel sombría. ¡Ah! ¿No es cierto, ángel de amor, que en esta apartada orilla más pura la luna brilla y se respira mejor? Esta aura que vaga, llena de los sencillos olores de las campesinas flores que brota esa orilla amena; esa agua limpia y serena que atraviesa sin temor la barca del pescador que espera cantando el día, ¿no es cierto, paloma mía, que están respirando amor? Esa armonía que el viento recoge entre esos millares de floridos olivares,	2165 2170 2175 2180 2185

²¹⁷⁰ «ángel de amor», llama don Juan a doña Inés. La razón nos la da León Hebreo: «El amado, en la mente del amante, se hace y es reputado por divino» (*Diálogos*, pág. 337). Esto nos recuerda la divinización de Melibea en la mente del apasionado Calisto.

que agita con manso aliento;
 ese dulcísimo acento
 con que trina el ruiñeñor
 de sus copas morador, 2190
 llamando al cercano día,
 ¿no es verdad, gacela mía,
 que están respirando amor?
 Y estas palabras que están
 filtrando insensiblemente 2195
 tu corazón, ya pendiente
 de los labios de don Juan,
 y cuyas ideas van
 inflamando en su interior
 un fuego germinador 2200
 no encendido todavía,
 ¿no es verdad, estrella mía,
 que están respirando amor?
 Y esas dos líquidas perlas
 que se desprenden tranquilas 2205
 de tus radiantes pupilas
 convidándome a beberlas,
 evaporarse, a no verlas,
 de sí mismas al calor;
 ese encendido color 2210
 que en tu semblante no había,
 ¿no es verdad, hermosa mía,
 que están respirando amor?
 ¡Oh! Sí, bellísima Inés,
 espejo y luz de mis ojos; 2215
 escucharme sin enojos,
 como lo haces, amor es:
 mira aquí a tus plantas, pues,
 todo el altivo rigor
 de este corazón traidor 2220
 que rendirse no creía,

²¹⁹⁴ En estas estrofas en labios de don Juan se aprecia la conjunción y armonía de las almas con la naturaleza que les rodea.

adorando vida mía,
la esclavitud de tu amor.
INÉS. Callad, por Dios, ¡oh, don Juan!,
que no podré resistir 2225
mucho tiempo sin morir,
tan nunca sentido afán.
¡Ah! Callad, por compasión,
que oyéndoos, me parece
que mi cerebro enloquece, 2230
y se arde mi corazón.
¡Ah! Me habéis dado a beber
un filtro infernal sin duda,
que a rendiros os ayuda
la virtud de la mujer. 2235
Tal vez poseéis, don Juan,
un misterioso amuleto,
que a vos me atrae en secreto
como irresistible imán.
Tal vez Satán puso en vos 2240
su vista fascinadora,
su palabra seductora,
y el amor que negó a Dios.
¿Y qué he de hacer, ¡ay de mí!,
sino caer en vuestros brazos, 2245
si el corazón en pedazos
me vais robando de aquí?
No, don Juan, en poder mío
resistirte no está ya:
yo voy a ti, como va 2250
sorbido al mar ese río.
Tu presencia me enajena,
tus palabras me alucinan,
y tus ojos me fascinan,
y tu aliento me envenena. 2255
¡Don Juan!, ¡don Juan!, yo lo imploro
de tu hidalga compasión:

²²⁵⁷ Otras versiones prefieren «condición», como Clarín al citar esos versos en *La Regenta*. Y comenta a continuación: «Estos versos, que ha querido ha-

JUAN.	o arráncame el corazón, o ámame, porque te adoro. ¡Alma mía! Esa palabra cambia de modo mi ser, que alcanzo que puede hacer hasta que el Edén se me abra. No es, doña Inés, Satanás quien pone este amor en mí: es Dios, que quiere por ti ganarme para <i>él</i> quizás.	2260
	No; el amor que hoy se atesora en mi corazón mortal, no es un amor terrenal como el que sentí hasta ahora; no es esa chispa fugaz que cualquier ráfaga apaga; es incendio que se traga cuanto ve, inmenso voraz.	2270
	Desecha, pues, tu inquietud, bellísima doña Inés, porque me siento a tus pies capaz aún de la virtud. Sí; iré mi orgullo a postrar	2275 2280

cer ridículos y vulgares, manchándolos con su baba, la necedad prosaica, pasándolos mil y mil veces por sus labios viscosos como vientre de sapo, sonaron en los oídos de Ana aquella noche como frase sublime de un amor inocente y puro que se entrega con la fe en el objeto amado, natural en todo gran amor» (*La Regenta*, Barcelona, Planeta, 1967, pág. 461).

²²⁷⁰ El carácter espiritual de este amor de don Juan radica en la calidad del objeto amado. En *Diálogos de amor*, Filón aconseja, respecto a las hermosuras materiales y corpóreas, que «en tanto las amemos en cuanto nos guían al conocimiento y amor de las perfectas hermosuras incorpóreas. Y tanto las aborrezcamos y huyamos de ellas cuanto nos impiden la fruición de las claras y espirituales, y amemos principalmente a las grandes hermosuras apartadas de la materia deforme y feo cuerpo, como son las virtudes y ciencias, que son siempre hermosas y privadas de fealdad y defectos» (págs. 308-09). Algo parecido nos sugiere Ortega en «Divagaciones ante el retrato de la Marquesa de Santillana»: «... el "clásico" en feminidad, don Juan, es atraído preferentemente por la mujer más recatada, por la que más se oculta al público, y que en la morfología femenina representa el polo opuesto a la prostituta. Don Juan, en efecto, se enamora de la monja» (II, 691).

ante el buen comendador,
 y o habrá de darme tu amor,
 o me tendrá que matar.
 INÉS. ¡Don Juan de mi corazón!
 JUAN. ¡Silencio! ¿Habéis escuchado? 2285
 INÉS. ¿Qué?
 JUAN. Sí, una barca ha atracado
 (*Mira por el balcón.*)
 debajo de ese balcón.
 Un hombre embozado de ella
 salta... Brígida, al momento 2290
 pasad a ese otro aposento,
 y perdonad, Inés bella,
 si solo me importa estar.
 INÉS. ¿Tardarás?
 JUAN. Poco ha de ser.
 INÉS. A mi padre hemos de ver.
 JUAN. Sí, en cuanto empiece a clarear. 2295
 Adiós.

ESCENA IV

DON JUAN, CIUTTI

CIUT. ¿Señor?
 JUAN. ¿Qué sucede,
 Ciutti?
 CIUT. Ahí está un embozado
 en veros muy empeñado.
 JUAN. ¿Quién es?
 CIUT. Dice que no puede
 descubrirse más que a vos, 2300
 y que es cosa de tal priesa,
 que en ella se os interesa
 la vida a entrambos a dos.
 JUAN. ¿Y en él no has reconocido
 marca ni seña alguna 2305
 que nos oriente?

CIUT. Ninguna;
mas a veros decidido
viene.

JUAN. ¿Trae gente?
CIUT. No más
que los remeros del bote.

JUAN. Que entre.

ESCENA V

DON JUAN; luego CIUTTI y DON LUIS *embozado*

JUAN. ¡Jugamos a escote 2310
la vida...! Mas ¿si es quizás
un traidor que hasta mi quinta
me viene siguiendo el paso?
Hálleme, pues, por si acaso
con las armas en la cinta, 2315
*(Se cñe la espada y suspende al cinto un par de
pistolas que habrá colocado sobre la mesa a su sa-
lida en la escena tercera. Al momento sale CIUTTI
conduciendo a DON LUIS, que, embozado hasta
los ojos, espera a que se queden solos. DON JUAN
hace a CIUTTI una seña para que se retire. Lo
hace.)*

ESCENA VI

DON JUAN, DON LUIS

JUAN. (Buen talante.) Bien venido,
caballero.

LUIS. Bien hallado,
señor mío.

JUAN.	Sin cuidado hablad.	
LUIS.	Jamás lo he tenido.	
JUAN.	Decid, pues: éa qué venís a esta hora y con tal afán?	2320
LUIS.	Vengo a mataros, don Juan.	
JUAN.	Según eso, sois don Luis.	
LUIS.	No os engañó el corazón, y el tiempo no malgastemos, don Juan: los dos no cabemos ya en la tierra.	2325
JUAN.	En conclusión, señor Mejía, ¿es decir, que porque os gané la apuesta queréis que acabe la fiesta con salimos a batir?	2330
LUIS.	Estáis puesto en la razón: la vida apostado habemos, y es fuerza que nos paguemos.	
JUAN.	Soy de la misma opinión. Mas ved que os debo advertir que sois vos quien la ha perdido.	2335
LUIS.	Pues por eso os la he traído; mas no creo que morir deba nunca un caballero que lleva en el cinto espada, como una res destinada por su dueño al matadero.	2340
JUAN.	Ni yo creo que resquicio habréis jamás encontrado por donde me hayáis tomado por un cortador de oficio.	2345
LUIS.	De ningún modo; y ya veis que, pues os vengo a buscar, mucho en vos debo fiar.	2350
JUAN.	No más de lo que podéis. Y por mostraros mejor mi generosa hidalguía, decid si aún puedo, Mejía,	

- satisfacer vuestro honor. 2355
 Leal la apuesta os gané;
 mas si tanto os ha escocido,
 mirad si halláis conocido
 remedio, y le aplicaré.
- LUIS. No hay más que el que os he propuesto, 2360
 don Juan. Me habéis maniatado,
 y habéis la casa asaltado
 usurpándome mi puesto;
 y pues el mío tomasteis
 para triunfar de doña Ana, 2365
 no sois vos, don Juan, quien gana,
 porque por otro jugasteis.
- JUAN. Ardides del juego son.
 LUIS. Pues no os los quiero pasar,
 y por ellos a jugar 2370
 vamos ahora el corazón.
- JUAN. ¿Le arriesgáis, pues, en revancha
 de doña Ana de Pantoja?
 LUIS. Sí; y lo que tardo me enoja
 en lavar tan fea mancha. 2375
 Don Juan, yo la amaba, sí;
 mas con lo que habéis osado,
 imposible la hais dejado
 para vos y para mí.
- JUAN. ¿Por qué la apostasteis, pues? 2580
 LUIS. Porque no pude pensar
 que la pudierais lograr.
 Y... vamos, por San Andrés,
 a reñir, que me impacienteo.
- JUAN. Bajemos a la ribera. 2385
 LUIS. Aquí mismo.
 JUAN. Necio fuera:
 ¿no veis que en este aposento
 prendieran al vencedor?
 Vos traéis una barquilla.

²³⁷⁸ «hais», por «habéis».

LUIS. Sí. 2390
 JUAN. Pues que lleve a Sevilla
 al que quede.
 LUIS. Eso es mejor;
 salgamos, pues.
 JUAN. Esperad.
 LUIS. ¿Qué sucede?
 JUAN. Ruido siento.
 LUIS. Pues no perdamos momento.

ESCENA VII

DON JUAN, DON LUIS, CIUTTI

CIUT. Señor, la vida salvad. 2395
 JUAN. ¿Qué hay, pues?
 CIUT. El comendador
 que llega con gente armada.
 JUAN. Déjale franca la entrada,
 pero a él solo.
 CIUT. Mas, señor...
 JUAN. Obedéceme. (Vase CIUTTI.)

ESCENA VIII

DON JUAN, DON LUIS

JUAN. Don Luis, 2400
 pues de mí os habéis fiado
 cuanto dejáis demostrado
 cuando a mi casa venís,
 no dudaré en suplicaros,
 pues mi valor conocéis, 2405
 que un instante me aguardéis.

- LUIS. Yo nunca puse reparos
en valor que es tan notorio,
mas no me fio de vos.
- JUAN. Ved que las partes son dos 2410
de la apuesta con Tenorio,
y que ganadas están.
- LUIS. ¿Lograsteis a un tiempo...?
JUAN. Sí:
la del convento está aquí:
y pues viene de don Juan 2415
a reclamarla quien puede,
cuando me podéis matar
no debo asunto dejar
tras mí que pendiente quede.
- LUIS. Pero mirad que meter 2420
quien puede el lance impedir
entre los dos, puede ser...
¿Qué?
- JUAN. Excusaros de reñir.
LUIS. ¡Miserable...! De don Juan
JUAN. podéis dudar sólo vos: 2425
mas aquí entrad, ¡vive Dios!
y no tengáis tanto afán
por vengaros, que este asunto
arreglado con ese hombre,
don Luis, yo os juro a mi nombre 2430
que nos batimos al punto.
Pero...
- LUIS. ¡Con una legión
JUAN. de diablos! Entrad aquí;
que harta nobleza es en mí
aún daros satisfacción. 2435
Desde ahí ved y escuchad;
franca tenéis esa puerta.
Si veis mi conducta incierta,
como os acomode obrad.
- LUIS. Me avengo, si muy reacio 2440
no andáis.
- JUAN. Calculadlo vos

a placer: mas, ¡vive Dios!,
que para todo hay espacio.
(Entra DON LUIS en el cuarto que DON JUAN le
señala.)

Ya suben. (DON JUAN escucha.)
(Dentro.)

GONZ.

¿Dónde está?

JUAN.

Él es.

ESCENA IX

DON JUAN, DON GONZALO

GONZ.

¿Adónde está ese traidor?

2445

JUAN.

Aquí está, comendador.

GONZ.

¿De rodillas?

JUAN.

Y a tus pies.

GONZ.

Vil eres hasta en tus crímenes.

JUAN.

Anciano, la lengua ten,
y escúchame un solo instante.

2450

GONZ.

¿Qué puede en tu lengua haber
que borre lo que tu mano
escribió en este papel?

¡Ir a sorprender, ¡infame!,
la cándida sencillez

2455

de quien no pudo el veneno
de esas letras precaver!

¡Derramar en su alma virgen
traidoramente la hiel

en que rebosa la tuya,
seca de virtud y fe!

2460

¡Proponerse así enlodar
de mis timbres la alta prez,

²⁴⁴⁷ Tanto la actitud sumisa de don Juan en esta escena, como la del Comendador, sordo a las protestas de amor y lealtad, recuerda la escena VIII de *Don Álvaro* del Duque de Rivas, entre el Marqués de Calatrava, Leonor y don Álvaro. Es muy probable cierta influencia de Rivas en Zorrilla.

- como si fuera un harapo
que desecha un mercader! 2465
¿Ése es el valor, Tenorio,
de que blasonas? ¿Ésa es
la proverbial osadía
que te da al vulgo a temer?
¿Con viejos y con doncellas 2470
la muestras...? Y ¿para qué?
¡Vive Dios!, para venir
sus plantas así a lamer
mostrándote a un tiempo ajeno
de valor y de honradez. 2475
¡Comendador!
- JUAN.
GONZ. Miserable,
tú has robado a mi hija Inés
de su convento, y yo vengo
por tu vida, o por mi bien.
- JUAN. Jamás delante de un hombre 2480
mi alta cerviz incliné,
ni he suplicado jamás,
ni a mi padre, ni a mi rey.
Y pues conservo a tus plantas
la postura en que me ves, 2485
considera, don Gonzalo,
que razón debo tener.
- GONZ. Lo que tienes es pavor
de mi justicia.
- JUAN. ¡Pardiez!
Óyeme, comendador, 2490
o tenerme no sabré,
y seré quien siempre he sido,
no queriéndolo ahora ser.
- GONZ. ¡Vive Dios!
- JUAN. Comendador,
yo idolatro a doña Inés, 2495
persuadido de que el cielo
nos la quiso conceder
para enderezar mis pasos
por el sendero del bien.

	No amé la hermosura en ella,	2500
	ni sus gracias adoré;	
	lo que adoro es la virtud,	
	don Gonzalo, en doña Inés.	
	Lo que justicias ni obispos	
	no pudieron de mí hacer	2505
	con cárceles y sermones,	
	lo pudo su candidez.	
	Su amor me toma en otro hombre,	
	regenerando mi ser,	
	y ella puede hacer un ángel	2510
	de quien un demonio fue.	
	Escucha, pues, don Gonzalo,	
	lo que te puede ofrecer	
	el audaz don Juan Tenorio	
	de rodillas a tus pies.	2515
	Yo seré esclavo de tu hija,	
	en tu casa viviré,	
	tú gobermarás mi hacienda,	
	diciéndome <i>esto ha de ser</i> .	
	El tiempo que señalares,	2520
	en reclusión estaré;	
	cuantas pruebas exigieres	
	de mi audacia o mi altivez,	
	del modo que me ordenares	
	con sumisión te daré:	2525
	y cuando estime tu juicio	
	que la puedo merecer,	
	yo la daré un buen esposo	
	y ella me dará el Edén.	
GONZ.	Basta, don Juan; no sé cómo	2530
	me he podido contener,	
	oyendo tan torpes pruebas	
	de tu infame avilantez.	
	Don Juan, tú eres un cobarde	
	cuando en la ocasión te ves,	2535
	y no hay bajeza a que no oses	
	como te saque con bien.	
JUAN.	¡Don Gonzalo!	

GONZ.	Y me avergüenzo de mirarte así a mis pies, lo que apostabas por fuerza suplicando por merced.	2540
JUAN.	Todo así se satisface, don Gonzalo, de una vez.	
GONZ.	¡Nunca, nunca! ¿Tú su esposo? Primero la mataré. ¡Ea! Entrégamela al punto, o sin poderme valer, en esa postura vil el pecho te cruzaré.	2545
JUAN.	Míralo bien, don Gonzalo; que vas a hacerme perder con ella hasta la esperanza de mi salvación tal vez.	2550
GONZ.	¿Y qué tengo yo, don Juan, con tu salvación que ver?	2555
JUAN.	¡Comendador, que me pierdes!	
GONZ.	Mi hija.	
JUAN.	Considera bien que por cuantos medios pude te quise satisfacer; y que con armas al cinto tus denuestos toleré, proponiéndote la paz de rodillas a tus pies.	2560

ESCENA X

DICHOS; DON LUIS, *soltando una carcajada de burla*

LUIS.	Muy bien, don Juan.	
JUAN.	¡Vive Dios!	
GONZ.	¿Quién es ese hombre?	
LUIS.	Un testigo de su miedo, y un amigo, Comendador, para vos.	2565

JUAN. ¡Don Luis!

LUIS. Ya he visto bastante,
don Juan, para conocer
cuál uso puedes hacer 2570
de tu valor arrogante;
y quien hiere por detrás
y se humilla en la ocasión,
es tan vil como el ladrón
que roba y huye.

JUAN. ¿Esto más? 2575

LUIS. Y pues la ira soberana
de Dios junta, como ves,
al padre de doña Inés
y al vengador de doña Ana,
mira el fin que aquí te espera 2580
cuando a igual tiempo te alcanza,
aquí dentro su venganza
y la justicia allá fuera.

GONZ. ¡Oh! Ahora comprendo... ¿Sois vos
el que...?

LUIS. Soy don Luis Mejía, 2585
a quien a tiempo os envía
por vuestra venganza Dios.

JUAN. ¡Basta, pues, de tal suplicio!
Si con hacienda y honor
ni os muestro ni doy valor 2590
a mi franco sacrificio:
y la leal solicitud
con que ofrezco cuanto puedo
tomáis, ¡vive Dios!, por miedo
y os mofáis de mi virtud, 2595
os acepto el que me dais
plazo breve y perentorio,
para mostrarme el Tenorio
de cuyo valor dudáis.

LUIS. Sea; y cae a nuestros pies, 2600
digno al menos de esa fama
que por tan bravo te aclama.

JUAN. Y venza el infierno, pues.

Ulloa, pues mi alma así
vuelves a hundir en el vicio, 2605
cuando Dios me llame a juicio,
tú responderás por mí.
(Le da un pistoletazo.)
GONZ. ¡Asesino!
JUAN. Y tú, insensato,
que me llamas vil ladrón,
di en prueba de tu razón 2610
que cara a cara te mato.
(Riñen, y le da una estocada.)
LUIS. ¡Jesús!
JUAN. Tarde tu fe ciega
acude al cielo, Mejía,
y no fue por culpa mía;
pero la justicia llega, 2615
y a fe que ha de ver quién soy.
CIUT. *(Dentro.)*
¿Don Juan?
JUAN. *(Asomando al balcón.)*
¿Quién es?
CIUT. *(Dentro.)* Por aquí;
salvaos.
JUAN. ¿Hay paso?
CIUT. Sí;
arrojaos.
JUAN. Allá voy.
Llamé al cielo y no me oyó, 2620
y pues sus puertas me cierra,
de mis pasos en la tierra
responda el cielo, y no yo.

(Se arroja por el balcón, y se le oye caer en el agua del río, al mismo tiempo que el ruido de los remos)

²⁶⁰⁷ *El Laberinto* critica este asesinato por mal motivado. Alonso Cortés llama a este recurso «medio poco noble y desacierto en idear un pistoletazo para deshacerse del Comendador» (*Zorrilla*, pág. 431).

²⁶²³ Este hecho de fuga arrojándose al agua por el balcón recuerda la huida del burlador de Tirso en Nápoles.

muestra la rapidez del barco en que parte, se oyen golpes en las puertas de la habitación; poco después entra la justicia, soldados, etc.)

ESCENA XI

ALGUACILES, SOLDADOS; luego DOÑA INÉS y BRÍGIDA

- ALG. 1.º El tiro ha sonado aquí.
 ALG. 2.º Aún hay humo.
 ALG. 3.º ¡Santo Dios! 2625
 Aquí hay un cadáver.
 ALG. 2.º Dos.
 ALG. 1.º ¿Y el matador?
 ALG. 2.º Por allí.
(Abren el cuarto en que están DOÑA INÉS y BRÍGIDA, y las sacan a la escena; DOÑA INÉS reconoce el cadáver de su padre.)
 ALG. 2.º ¡Dos mujeres!
 INÉS. ¡Ah, qué horror,
 padre mío!
 ALG. 1.º ¡Es su hija!
 BRÍG. Sí.
 INÉS. ¡Ay! ¿Dó estás, don Juan, que aquí 2630
 me olvidas en tal dolor?
 Él le asesinó.
 ALG. 1.º ¡Dios mío!
 INÉS. ¿Me guardabas esto más?
 ALG. 2.º Por aquí ese Satanás
 se arrojó, sin duda, al río. 2635
 ALG. 1.º Miradlos..., a bordo están
 del bergantín calabrés.
 TODOS ¡Justicia por doña Inés!
 INÉS. Pero no contra don Juan.
(Cayendo de rodillas.)

²⁶³⁹ El *M* ofrece la siguiente acotación al final de esta escena: «Esta escena puede suprimirse en la representación, terminando el acto con el último verso del anterior.»

Parte segunda

ACTO PRIMERO

La sombra de doña Inés

Panteón de la familia Tenorio.—El teatro representa un magnífico cementerio, hermo­seado a manera de jardín. En primer término, aislados y de bulto, los sepulcros de don Gonzalo Ulloa, de doña Inés y de don Luis Mejía, sobre los cuales se ven sus estatuas de piedra. El sepulcro de don Gonzalo a la derecha, y su estatua de rodillas; el de don Luis a la izquierda, y su estatua también de rodillas; el de doña Inés en el centro, y su estatua de pie. En segundo término otros dos sepulcros en la forma que convenga; y en el tercer término y en puesto elevado, el sepulcro y estatua del fundador don Diego Tenorio, en cuya figura remata la perspectiva de los sepulcros. Una pared llena de nichos y lápidas circuye el cuadro hasta el horizonte. Dos llorones a cada lado de la tumba de doña Inés, dispuestos a servir de la manera que a su tiempo exige el juego escénico. Cipreses y flores de todas clases embellecen la decoración, que no debe tener nada de horrible. La acción se supone en una tranquila noche de verano, y alumbrada por una clarísima luna.

ESCENA PRIMERA

El ESCULTOR, *disponiéndose a marchar*

Pues, señor, es cosa hecha: 2640
el alma del buen don Diego
puede, a mi ver, con sosiego

reposar muy satisfecha.
 La obra está rematada
 con cuanta suntuosidad 2645
 su postrera voluntad
 dejó al mundo encomendada.
 Y ya quisieran, ¡pardiez!,
 todos los ricos que mueren
 que su voluntad cumplieren 2650
 los vivos, como esta vez.
 Mas ya de marcharme es hora:
 todo corriente lo dejo,
 y de Sevilla me alejo
 al despuntar de la aurora. 2655
 ¡Ah! Mármoles que mis manos
 pulieron con tanto afán,
 mañana os contemplarán
 los absortos sevillanos;
 y al mirar de este panteón 2660
 las gigantes proporciones,
 tendrán las generaciones
 la nuestra en veneración.
 Mas yendo y viniendo días,
 se hundirán unas tras otras, 2665
 mientras en pie estaréis vosotras,
 póstumas memorias mías.
 ¡Oh! frutos de mis desvelos,
 peñas a quien yo animé
 y por quienes arrojé 2670
 la intemperie de los cielos;
 el que forma y ser os dio,
 va ya a perderos de vista;
 ¡velad mi gloria de artista,
 pues viviréis más que yo! 2675
 Mas ¿quién llega?

²⁶⁷⁶ El escultor no parece ser una novedad introducida por Zorrilla. Se encuentra ya en *Don Giovanni Tenorio o sia Il Convitato di pietra*, ópera de Giuseppe Gazzaniga, libreto de Giovanni Bertati (Venecia, 1787). La única diferencia es que en esta ópera aparece momentáneamente, mientras que en Zo-

ESCENA II

EL ESCULTOR; DON JUAN, *que entra embozado*

ESC.		Caballero...	
JUAN.	Dios le guarde.		
ESC.		Perdonad,	
		mas ya es tarde, y...	
JUAN.		Aguardad	
		un instante, porque quiero	
		que me expliquéis...	
ESC.		¿Por acaso	2680
		sois forastero?	
JUAN.	Años ha		
	que faltó de España ya,		
	y me chocó el ver al paso,		
	quando a esas verjas llegué,		
	que encontraba este recinto		2685
	enteramente distinto		
	de cuando yo le dejé.		
ESC.	Yo lo creo; como que esto		
	era entonces un palacio		
	y hoy es panteón el espacio		2690
	donde aquél estuvo puesto.		
JUAN.	¡El palacio hecho panteón!		
ESC.	Tal fue de su antiguo dueño		
	la voluntad, y fue empeño		
	que dio al mundo admiración.		2695
JUAN.	¡Y, por Dios, que es de admirar!		
ESC.	Es una famosa historia,		
	a la cual debo mi gloria.		
JUAN.	¿Me la podréis relatar?		
ESC.	Sí; aunque muy sucintamente,		2700

milla mantiene una larga conversación con don Juan. Este diálogo, muy ponderado por los críticos por lo elaborado, recuerda el de Hamlet con los enterradores que están cavando la fosa para el cadáver de Ofelia.

pues me aguardan.

JUAN. Sea.
ESC. Oíd

la verdad pura.

JUAN. Decid,
ESC. que me tenéis impaciente.
Pues habitó esta ciudad
y este palacio heredado, 2705
un varón muy estimado
por su noble calidad.
Don Diego Tenorio.

JUAN. El mismo.
ESC. Tuvo un hijo este don Diego
peor mil veces que el fuego, 2710
un aborto del abismo.
Un mozo sangriento y cruel,
que con tierra y cielo en guerra,
dicen que nada en la tierra
fue respetado por él. 2715
Quimerista, seductor
y jugador con ventura,
no hubo para él segura
vida, ni hacienda, ni honor.
Así le pinta la historia, 2720
y si tal era, por cierto
que obró cuerdamente el muerto
para ganarse la gloria.
Pues ¿cómo obró?

JUAN. Dejó entera
ESC. su hacienda al que la empleara 2725
en un panteón que asombrara
a la gente venidera.
Mas con condición, que dijo
que se enterraran en él
los que a la mano cruel 2730
sucumbieron de su hijo.
Y mirad en derredor
los sepulcros de los más
de ellos.

JUAN.	¿Y vos sois quizás, el conserje?	
ESC.	El escultor de estas obras encargado.	2735
JUAN.	¡Ah! ¿Y las habéis concluido?	
ESC.	Ha un mes; mas me he detenido hasta ver ese envejado colocado en su lugar; pues he querido impedir que pueda el vulgo venir este sitio a profanar.	2740
JUAN.	<i>(Mirando.)</i> ¡Bien empleó sus riquezas el difunto!	
ESC.	¡Ya lo creo! Miradle allí.	2745
JUAN.	Ya le veo.	
ESC.	¿Le conocisteis?	
JUAN.	Sí.	
ESC.	Piezas son todas muy parecidas y a conciencia trabajadas.	
JUAN.	¡Cierto que son extremadas!	2750
ESC.	¿Os han sido conocidas las personas?	
JUAN.	Todas ellas.	
ESC.	¿Y os parecen bien?	
JUAN.	Sin duda, según lo que a ver me ayuda el fulgor de las estrellas.	2755
ESC.	¡Oh! Se ven como de día con esta luna tan clara. Ésta es mármol de Carrara.	
JUAN.	<i>(Señalando a la de DON LUIS.)</i> ¡Buen busto es el de Mejía!	
	<i>(Contempla las estatuas unas tras otras.)</i> ¡Hola! Aquí el comendador se representa muy bien.	2760
ESC.	Yo quise poner también	

la estatua del matador
entre sus víctimas, pero
no pude a manos haber
su retrato... Un Lucifer
dicen que era el caballero
don Juan Tenorio. 2765

JUAN. ¡Muy malo!
Mas como pudiera hablar,
le había algo de abonar
la estatua de don Gonzalo. 2770

ESC. ¿También habéis conocido
a don Juan?

JUAN. Mucho.
ESC. Don Diego
le abandonó desde luego
desheredándole.

JUAN. Ha sido 2775
para don Juan poco daño
ése, porque la fortuna
va tras él desde la cuna.
Dicen que ha muerto.

ESC. Es engaño:
JUAN. vive.

ESC. ¿Y dónde?
JUAN. Aquí, en Sevilla. 2780

ESC. ¿Y no teme que el furor
popular...?

JUAN. En su valor
no ha echado el miedo semilla.
ESC. Mas cuando vea el lugar
en que está ya convertido 2785
el solar que suyo ha sido,
no osará en Sevilla estar.

JUAN. Antes ver tendrá a fortuna
en su casa reunidas
personas de él conocidas, 2790
puesto que no odia a ninguna.

ESC. ¿Creéis que ose aquí venir?
JUAN. ¿Por qué no? Pienso, a mi ver,

- que donde vino a nacer
justo es que venga a morir. 2795
Y pues le quitan su herencia
para enterrar a éstos bien,
a él es muy justo también
que le entierren con decencia.
- ESC. Sólo a él le está prohibida 2800
en este panteón la entrada.
- JUAN. Trae don Juan muy buena espada,
y no sé quién se lo impida.
- ESC. ¡Jesús! ¡Tal profanación!
- JUAN. Hombre es don Juan que, a querer, 2805
volverá el palacio a hacer
encima del panteón.
- ESC. ¿Tan audaz ese hombre es
que aun a los muertos se atreve?
- JUAN. ¿Qué respetos gastar debe 2810
con los que tendió a sus pies?
- ESC. ¿Pero no tiene conciencia
ni alma ese hombre?
- JUAN. Tal vez no,
que al cielo una vez llamó
con voces de penitencia, 2815
y el cielo, en trance tan fuerte,
allí mismo le metió,
que a dos inocentes dio,
para salvarse, la muerte.
- ESC. ¡Qué monstruo, supremo Dios! 2820
JUAN. Podéis estar convencido
de que Dios no le ha querido.
- ESC. Tal será.
- JUAN. Mejor que vos.
ESC. (¿Y quién será el que a don Juan
abona con tanto brío?) 2825
Caballero, a pesar mío,
como aguardándome están...
- JUAN. Idos, pues, enhorabuena.
ESC. He de cerrar.
JUAN. No cerréis

	y marchaos.	
ESC.	¿Mas no veis...?	2830
JUAN.	Veo una noche serena y un lugar que me acomoda para gozar su frescura, y aquí he de estar a mi holgura, si pesa a Sevilla toda.	2835
ESC.	(¿Si acaso padecerá de locura desvaríos?)	
JUAN.	(Dirigiéndose a las estatuas.) Ya estoy aquí, amigos míos.	
ESC.	¿No lo dije? Loco está.	
JUAN.	Mas, icielos, qué es lo que veo! O es ilusión de mi vista, o a doña Inés el artista aquí representa, creo.	2840
ESC.	Sin duda.	
JUAN.	¿También murió?	
ESC.	Dicen que de sentimiento cuando de nuevo al convento abandonada volvió por don Juan.	2845
JUAN.	¿Y yace aquí?	
ESC.	Sí.	
JUAN.	¿La visteis muerta vos?	
ESC.	Sí.	
JUAN.	¿Cómo estaba?	
ESC.	¡Por Dios, que dormida la creí! La muerte fue tan piadosa con su cándida hermosura, que la envió con la frescura y las tintas de la rosa.	2850 2855
JUAN.	¡Ah! Mal la muerte podría deshacer con torpe mano el semblante soberano que un ángel envidiaría. ¡Cuán bella y cuán parecida su efigie en el mármol es!	2860

ESC. ¡Quién pudiera, doña Inés,
 volver a darte la vida!
 JUAN. ¿Es obra del cincel vuestro?
 Como todas las demás. 2865
 Pues bien merece algo más
 un retrato tan maestro.
 Tomad.
 ESC. ¿Qué me dais aquí?
 JUAN. ¿No lo veis?
 ESC. Mas..., caballero...,
 ¿por qué razón...?
 JUAN. Porque quiero 2870
 yo que os acordéis de mí.
 ESC. Mirad que están bien pagadas.
 JUAN. Así lo estarán mejor.
 ESC. Mas vamos de aquí, señor,
 que aún las llaves entregadas 2875
 no están, y al salir la aurora
 tengo que partir de aquí.
 JUAN. Entregádmelas a mí,
 y marchaos desde ahora.
 ESC. ¿A vos?
 JUAN. A mí: ¿Qué dudáis? 2880
 ESC. Como no tengo el honor...
 JUAN. Ea, acabad, escultor.
 ESC. Si el nombre al menos que usáis
 supiera...
 JUAN. ¡Viven los cielos!
 Dejad a don Juan Tenorio 2885
 velar el lecho mortuario
 en que duermen sus abuelos.
 ESC. ¡Don Juan Tenorio!
 JUAN. Yo soy.
 Y si no me satisfaces,
 compañía juro que haces 2890
 a tus estatuas desde hoy.
 ESC. (Alargándole las llaves.)
 Tomad. (No quiero la piel
 dejar aquí entre sus manos.

Ahora, que los sevillanos
se las compongan con él.) (*Vase.*) 2895

ESCENA III

DON JUAN

Mi buen padre empleó en esto
entera la hacienda mía:
hizo bien: yo al otro día
la hubiera a una carta puesto. 2900
No os podéis quejar de mí,
vosotros a quien maté;
si buena vida os quité,
buena sepultura os di.
¡Magnífica es, en verdad,
la idea de tal panteón! 2905
Y... siento que el corazón
me halaga esta soledad.
¡Hermosa noche...! ¡Ay de mí!
¡Cuántas como ésta tan puras,
en infames aventuras 2910
desatinado perdí!
¡Cuántas, al mismo fulgor
de esa luna transparente,
arranqué a algún inocente
la existencia o el honor! 2915
Sí, después de tantos años
cuyos recuerdos me espantan,
siento que en mí se levantan
pensamientos en mí extraños. 2920
¡Oh! Acaso me los inspira
desde el cielo, en donde mora,
esa sombra protectora
que por mi mal no respira.

²⁸⁹⁶ El proceso de arrepentimiento comienza en esta escena.

(Se dirige a la estatua de DOÑA INÉS, hablándola con respeto.)

Mármol en quien doña Inés
en cuerpo sin alma existe, 2925
deja que el alma de un triste
llore un momento a tus pies.

De azares mil a través
conservé tu imagen pura,
y pues la mala ventura 2930
te asesinó de don Juan,
contempla con cuánto afán
vendrá hoy a tu sepultura.

En ti nada más pensó
desde que se fue de ti; 2935
y desde que huyó de aquí,
sólo en volver meditó.

Don Juan tan sólo esperó
de doña Inés su ventura,
y hoy, que en pos de su hermosura 2940
vuelve el infeliz don Juan,
mira cuál será su afán
al dar con tu sepultura.

Inocente doña Inés,
cuya hermosa juventud 2945
encerró en el ataúd
quien llorando está a tus pies;

si de esa piedra a través
puedes mirar la amargura
del alma que tu hermosura 2950
adoró con tanto afán,
prepara un lado a don Juan
en tu misma sepultura.

Dios te crió por mi bien,
por ti pensé en la virtud, 2955
adoré su excelsitud,
y anhelé su santo Edén.

Si; aún hoy mismo en ti también
mi esperanza se asegura,
que oigo una voz que murmura 2960

en derredor de don Juan
 palabras con que su afán
se calma en tu sepultura.
 ¡Oh, doña Inés de mi vida!
 Si esa voz con quien deliro 2965
 es el postrimer suspiro
 de tu eterna despedida
 si es que de ti desprendida;
 llega esa voz a la altura,
 y hay un Dios tras esa anchura 2970
 por donde los astros van,
 dile que mire a don Juan
llorando en tu sepultura.
(Se apoya en el sepulcro, ocultando el rostro; y mientras se conserva en esta postura, un vapor que se levanta del sepulcro oculta la estatua de DOÑA INÉS. Cuando el vapor se desvanece, la estatua ha desaparecido. DON JUAN sale de su enajenamiento.)
 Este mármol sepulcral
 adormece mi vigor, 2975
 y sentir creo en redor
 un ser sobrenatural.
 Mas... ¡cielos! ¡El pedestal
 no mantiene su escultura!
 ¿Qué es esto? ¿Aquella figura 2980
 fue creación de mi afán?

ESCENA IV

(El llorón y las flores de la izquierda del sepulcro de DOÑA INÉS se cambian en una apariencia, dejando ver dentro de ella, y en medio de resplandores, la sombra de DOÑA INÉS.)

DON JUAN, la SOMBRA de DOÑA INÉS

SOMBRA. No; mi espíritu, don Juan,
te aguardó en mi sepultura.

- JUAN. *(De rodillas.)*
 ¡Doña Inés! Sombra querida,
 alma de mi corazón, 2985
 ¡no me quites la razón
 si me has de dejar la vida!
 Si eres imagen fingida,
 sólo hija de mi locura,
 no aumentes mi desventura 2990
 burlando mi loco afán.
- SOMBRA. Yo soy doña Inés, don Juan,
que te oyó en su sepultura.
- JUAN. ¿Conque vives?
- SOMBRA. Para ti;
 mas tengo mi purgatorio 2995
 en ese mármol mortuario

²⁹⁹⁵ «Purgatorio.» Doña Inés, muerta de sentimiento años antes al regresar al convento una vez abandonada por don Juan, está en el purgatorio de su tumba. Su pecado, el haber cedido al amor del libertino y el continuar fiel a ese «amor de Satanás», según el drama. Su pena purificadora es esa espera angustiosa, de la cual pende su eterna salvación, ya que ha hecho el sacrificio de ofrecer su alma en precio del alma impura de don Juan. Su deber, velar, orar e impetrar para que don Juan obre con cordura en esos últimos instantes de eterna decisión. Tres son los puntos teológicos que suscita este pasaje del drama: la existencia del purgatorio, el lugar del purgatorio, y el estado de las almas que en él se encuentran. Según la teología, los justos que mueren con manchas de pecado han de purificarse con las penas del purgatorio antes de entrar en el cielo, y mientras están en ese estado pueden recibir ayuda espiritual de los fieles vivos. Ambas partes de la tesis son de fe divina y católica, definida en varios concilios: Lugdunense II (*Denzinger*, 464), Tridentino (*D*, 983). El lugar del purgatorio es un punto de controversia. ¿Es un lugar físico o corpóreo, o un estado? Según opinión bastante común de los teólogos y creencia general de los fieles, se trata de un lugar, que Suárez sitúa hacia el centro de la tierra («versus centrum terrae»); pero Santo Tomás ofrece la posibilidad de un doble purgatorio: uno físico (oficial), anexionado al infierno y otro singular determinado (privado), en que un alma puede purificarse: «probabiliter... locus purgatorii est duplex: unus secundum legem communem, et sic... est locus inferior inferno coniunctus...; alius... secundum dispensationem, et sic quandoque in diversis locis aliqui puniti leguntur, vel ad vivorum instructionem vel ad mortuorum subventionem» (*Summa Theologica*, 4 d. 21 q. 1 a 1 sol. 2). El purgatorio de Inés, en su mármol mortuario, entraría, pues, dentro de ese segundo purgatorio («secundum dispensationem») de que habla el Aquinate. Sobre el valor de las obras en el purgatorio existe la siguiente doctrina: las almas en el purgatorio pueden hacer obras buenas,

que labraron para mí.
 Yo a Dios mi alma ofrecí
 en precio de tu alma impura,
 y Dios, al ver la ternura 3000
 con que te amaba mi afán,
 me dijo: «Espera a don Juan
en tu misma sepultura.
 Y pues quieres ser tan fiel
 a un amor de Satanás, 3005
 con don Juan te salvarás,
 o te perderás con él.

pero no pueden merecer para sí mismas ni aumentar la gracia por encontrarse fuera del estado de vida. Pero pueden impetrar a Dios, no sólo por sí mismas, como la disminución y alivio de su pena, sino hasta por nosotros, los vivos, debido a la unión y comunión de bienes sobrenaturales entre las tres iglesias componentes del Cuerpo Místico: la triunfante, la purgante y la militante. Esta doctrina está expresa en varios decretos y disposiciones de la Iglesia y corroborada por la práctica universal de la devoción a las almas del purgatorio. Ver *Sacrae Theologiae Summa*, V, 978-979. A esta luz, la intercesión del alma de doña Inés por la salvación de don Juan, parece doctrinalmente justificada.

³⁰⁰⁷ Esta unión de destinos recuerda el pasaje de *El condenado*, de Tirso, cuando el Demonio le dice a Paulo que vaya a Nápoles y observe las obras y palabras de Enrico, «porque el fin que aquél tuviere, / ese fin has de tener» (vs. 283-284). Dicha unión es fruto del amor. Este tipo de amor sentía la Marquesa de Custine por Chateaubriand, según Ortega, «una especie de metafísico injerto... En ese fondo radical, la persona que amó se sigue sintiendo absolutamente adscrita a la amada... Éste es el síntoma supremo del verdadero amor: estar al lado de lo amado, en un contacto y proximidad más profundos que los espaciales. En un estar vitalmente en el otro. La palabra más exacta, pero demasiado técnica, sería ésta: un estar ontológicamente con el amado, fiel al destino de éste, sea el que sea» (*Estudios sobre el amor, Obras*, V, 569-70). *La Divina Comedia* (Inferno, Canto V) nos ofrece un episodio, confirmación trágica de estas palabras de Ortega, y del cual ya hablamos en la Introducción. Dante encuentra a una pareja de amantes en el círculo del Infierno, destinado a pecadores carnales. Son Paolo y Francesca, asesinados por el esposo de ésta, Giovanni di Malatesta, señor de Rimini, una vez descubiertos sus amores ilícitos. Sus almas, unidas para siempre, sufrirán el mismo tormento. Francesca explica al poeta la causa de su condena: «El amor, que se apodera pronto de los corazones nobles, hizo que éste se prendase de aquella hermosa figura que me fue arrebatada del mundo que todavía me atormenta. El amor, que al que es amado obliga a amar, me infundió por éste una pasión tan viva, que, como ves, aún no me ha abandonado. El amor nos

	Por él vela: mas si cruel te desprecia tu ternura, y en su torpeza y locura sigue con bárbaro afán, llévese tu alma don Juan <i>de tu misma sepultura.»</i>	3010
JUAN.	<i>(Fascinado.)</i> ¡Yo estoy soñando quizás con las sombras de un Edén!	3015
SOMBRA.	No: y ve que si piensas bien, a tu lado me tendrás; mas si obras mal, causarás nuestra eterna desventura. Y medita con cordura que es esta noche, don Juan, el espacio que nos dan <i>para buscar sepultura.</i>	3020
	Adiós, pues; y en la ardua lucha en que va a entrar tu existencia, de tu dormida conciencia la voz que va alzarse escucha; porque es de importancia mucha meditar con sumo tiento la elección de aquel momento	3025
	que, sin poder evadimos, al mal o al bien ha de abrimos la losa del monumento.	3030

condujo a una misma muerte» (*La Divina Comedia. Obras Completas de Dante Alighieri*, versión castellana de Nicolás González Ruiz, Madrid, BAC, 1965, pág. 44). Y explica a continuación cómo llegaron a ese amor pasional de turbios deseos: «Leímos un día, por gusto, cómo el amor hirió a Lanzarote. Estábamos solos y sin cuidados. Nos miramos muchas veces durante aquella lectura, y nuestro rostro palideció; pero fuimos vencidos por un solo pasaje. Cuando leímos que la descada sonrisa fue interrumpida por el beso del amante, éste, que ya nunca se apartará de mí, me besó temblando en la boca. Galeoto fue el libro y quien lo escribió. Aquel día ya no seguimos leyendo» (págs. 45-46). El fatídico imán que arrastra a don Juan a la sepultura de Inés, y la espera de ésta en su mármol mortuario, tienen una misma causa: el amor que encadena para siempre.

(Ciérrase la apariencia; desaparece DOÑA INÉS y todo queda como al principio del acto, menos la estatua de DOÑA INÉS que no vuelve a su lugar. DON JUAN queda atónito.)

ESCENA V

DON JUAN

¡Cielos! ¿Qué es lo que escuché?
¡Hasta los muertos así 3035
dejan sus tumbas por mí!
Mas sombra, delirio fue.
Yo en mi mente la forjé;
la imaginación le dio
la forma en que se mostró, 3040
y ciego vine a creer
en la realidad de un ser
que mi mente fabricó.
Mas nunca de modo tal
fanatizó mi razón 3045
mi loca imaginación
con su poder ideal.
Sí, algo sobrenatural
vi en aquella doña Inés
tan vaporosa, a través 3050
aun de esa enramada, espesa;
mas... ¡bah! circunstancia es ésa
que propia de sombras es.
¿Qué más diáfano y sutil
que las quimeras de un sueño? 3055
¿Dónde hay nada más risueño,
más flexible y más gentil?
¿Y no pasa veces mil
que, en febril exaltación,
ve nuestra imaginación 3060
como ser y realidad

la vacía vanidad
 de una anhelada ilusión?
 ¡Sí, por Dios, delirio fue!
 Mas su estatua estaba aquí. 3065
 Sí, yo la vi y la toqué,
 y aun en albricias le di
 al escultor no se qué.
 ¡Y ahora sólo el pedestal
 veo en la urna funeral! 3070
 ¡Cielos! La mente me falta,
 o de improviso me asalta
 algún vértigo infernal.
 ¿Qué dijo aquella visión?
 ¡Oh! Yo la oí claramente, 3075
 y su voz triste y doliente
 resonó en mi corazón.
 ¡Ah! ¡Y breves las horas son
 del plazo que nos augura!
 No, no: ¡de mi calentura 3080
 delirio insensato es!
 Mi fiebre fue a doña Inés
 quien abrió la sepultura.
 ¡Pasad y desvaneced;
 pasad, siniestros vapores 3085
 de mis perdidos amores
 y mis fallidos deseos!
 ¡Pasad, vanos devaneos
 de un amor muerto al nacer;
 no me volváis a traer 3090
 entre vuestro torbellino,
 ese fantasma divino
 que recuerda una mujer!
 ¡Ah! ¡Estos sueños me aniquilan,
 mi cerebro se enloquece... 3095
 y esos mármoles parece
 que estremecidos vacilan!
*(Las estatuas se mueven lentamente y vuelven la
 cabeza hacia él.)*
 Sí, sí; ¡sus bustos oscilan,

su vago contorno medra...!
 Pero don Juan no se arredra: 3100
 ¡alzaos, fantasmas vanos,
 y os volveré con mis manos
 a vuestros lechos de piedra!
 No, no me causan pavor
 vuestros semblantes esquivos; 3105
 jamás, ni muertos ni vivos,
 humillaréis mi valor.
 Yo soy vuestro matador
 como al mundo es bien notorio;
 si en vuestro alcázar mortuorio 3110
 me aprestáis venganza fiera,
 daos prisa; aquí os espera
 otra vez don Juan Tenorio.

ESCENA VI

DON JUAN, EL CAPITÁN CENTELLAS, AVELLANEDA

CENT. *(Dentro.)*
 ¿Don Juan Tenorio?
 JUAN. *(Volviendo en sí.)* ¿Qué es eso?
 ¿Quién me repite mi nombre? 3115
 AVELL. *(Saliendo.)*
 ¿Veis a alguien? *(A CENTELLAS.)*
 CENT. *(Idem.)*
 JUAN. Sí, allí hay un hombre.
 ¿Quién va?
 AVELL. Él es.
 CENT. *(Yéndose a DON JUAN.)*
 Yo pierdo el seso
 con la alegría. ¡Don Juan!
 AVELL. ¡Señor Tenorio!
 JUAN. ¡Apartaos,
 vanas sombras!

CENT.

Reportaos, 3120
señor don Juan... Los que están

en vuestra presencia ahora,
no son sombras, hombres son,
y hombres cuyo corazón

vuestra amistad atesora. 3125

A la luz de las estrellas
os hemos reconocido,
y un abrazo hemos venido
a daros.

JUAN.
CENT.

Gracias, Centellas.

Mas ¿qué tenéis? ¡Por mi vida 3130

que os tiembla el brazo, y está
vuestra faz descolorida!

JUAN,

(Recobrando su aplomo.)

AVELL.

La luna tal vez lo hará.

JUAN.

Mas, don Juan, ¿qué hacéis aquí?

CENT.

¿Este sitio conocéis?

¿No es un panteón? 3135

JUAN.

¿Y sabéis
a quién pertenece?

A mí:

mirad a mi alrededor,
y no veréis más que amigos
de mi niñez, o testigos
de mi audacia y mi valor. 3140

CENT.

Pero os oímos hablar:
¿con quién estabais?

JUAN.

Con ellos.

CENT.

¿Venis aún a escarnecellos?

JUAN.

No, los vengo a visitar. 3145

Mas un vértigo insensato
que la mente me asaltó,
un momento me turbó;
y a fe que me dio mal rato.

Esos fantasmas de piedra 3150

me amenazaban tan fieros,
que a mí acercado a no haberos
pronto...

CENT.		¡Ja!, ¡ ja!, ¡ja! ¿Os arredra,	
		don Juan, como a los villanos	
JUAN.		el temor de los difuntos?	3155
		No a fe; contra todos juntos	
		tengo aliento y tengo manos.	
		Si volvieran a salir	
		de las tumbas en que están,	
		a las manos de don Juan	3160
		volverían a morir.	
		Y desde aquí en adelante	
		sabed, señor capitán,	
		que yo soy siempre don Juan,	
		y no hay cosa que me espante.	3165
		Un vapor calenturiento	
		un punto me fascinó,	
		Centellas, mas ya pasó:	
		cualquiera duda un momento.	
AVELL.	}	Es verdad.	
CENT.			
JUAN.		Vamos de aquí.	3170
CENT.		Vamos, y nos contaréis	
		cómo a Sevilla volvéis	
		tercera vez.	
JUAN.		Lo haré así,	
		si mi historia os interesa:	
		y a fe que oírse merece,	3175
		aunque mejor me parece	
		que la oigáis de sobremesa.	
		¿No opináis...?	
AVELL.	}	Como gustéis.	
CENT.			
JUAN.		Pues bien: cenaréis conmigo	
		y en mi casa.	
CENT.		Pero digo,	3180
		¿es cosa de que dejéis	
		algún huésped por nosotros?	
		¿No tenéis gato encerrado?	
JUAN.		¡Bah! Si apenas he llegado:	
		no habrá allí más que vosotros	3185

- CENT. esta noche.
- JUAN. ¿Y no hay tapada
a quien algún plantón demos?
Los tres solos cenaremos.
Digo, si de esta jornada
no quiere igualmente ser
alguno de éstos. 3190
(Señalando a las estatuas de los sepulcros.)
- CENT. Don Juan,
dejad tranquilos yacer
a los que con Dios están.
- JUAN. ¡Hola! ¿Parece que vos
sois ahora el que teméis,
y mala cara ponéis
a los muertos? Mas, ¡por Dios
que ya que de mí os burlasteis
cuando me visteis así,
en lo que penda de mí
os mostraré cuánto errasteis!
Por mí, pues, no ha de quedar:
y a poder ser, estad ciertos
que cenaréis con los muertos,
y os los voy a convidar. 3205
- AVELL. Dejaos de esas quimeras.
- JUAN. ¿Duda en mi valor ponerme,
cuando hombre soy para hacerme
platos de sus calaveras?
Yo, a nada tengo pavor. 3210
*(Dirigiéndose a la estatua de DON GONZALO,
que es la que tiene más cerca.)*
Tú eres el más ofendido;
mas si quieres, te convido
a cenar comendador.
Que no lo puedas hacer

³²¹³ La invitación que hace don Juan al Comendador para la cena no muestra a un don Juan sacrilego y desalmado. Le convida para alardear de falta de temor a los muertos. El don Juan de Tirso lo hace a sangre fría, después de mesarle cínicamente las barbas.

	creo, y es lo que me pesa;	3215
	mas, por mi parte, en la mesa	
	te haré un cubierto poner.	
	Y a fe que favor me harás,	
	pues podré saber de ti	
	si hay más mundo que el de aquí,	3220
	y otra vida, en que jamás,	
	a decir verdad, creí.	
CENT.	Don Juan, eso no es valor;	
	locura, delirio es.	
JUAN.	Como lo juzguéis mejor:	3225
	yo cumplo así. Vamos, pues.	
	Lo dicho, comendador.	

ACTO SEGUNDO

La estatua de don Gonzalo

Aposento de don Juan Tenorio.—Dos puertas en el fondo a derecha e izquierda, preparadas para el juego escénico del acto. Otra puerta en el bastidor que cierra la decoración por la izquierda. Ventana en el de la derecha. Al alzarse el telón están sentados a la mesa don Juan, Centellas y Avellaneda. La mesa ricamente servida: el mantel cogido con guirrnaldas de flores, etc. En frente del espectador, don Juan, y a la izquierda Avellaneda; en el lado izquierdo de la mesa, Centellas, y en el de enfrente de éste, una silla y un cubierto desocupados.

ESCENA PRIMERA

DON JUAN, EL CAPITÁN CENTELLAS, AVELLANEDA,
CIUTTI, UN PAJE

JUAN. Tal es mi historia, señores:
pagado de mi valor,
quiso el mismo emperador 3230
dispensarme sus favores.
Y aunque oyó mi historia entera,
dijo: «Hombre de tanto brío
merece el amparo mío;
vuelva a España cuando quiera.» 3235
Y heme aquí en Sevilla ya.

- CENT.
JUAN. ¡Y con qué lujo y riqueza!
Siempre vive con grandeza
quien hecho a grandeza está.
A vuestra vuelta. Bebamos. 3240
- CENT.
JUAN.
CENT. Lo que no acierto a creer
es cómo, llegando ayer,
ya establecido os hallamos.
Fue el adquirirme, señores,
tal casa con tal boato, 3245
porque se vendió a barato
para pago de acreedores.
Y como al llegar aquí
desheredado me hallé,
tal como está la compré. 3250
¿Amueblada y todo?
- CENT.
JUAN. Sí.
Un necio que se arruinó
por una mujer vendióla.
¿Y vendió la hacienda sola?
Y el alma al diablo. 3255
¿Murió?
- CENT.
JUAN.
CENT.
CENT.
JUAN. De repente: y la justicia,
que iba a hacer de cualquier modo
pronto despacho de todo,
viendo que yo su codicia
saciaba, pues los dineros 3260
ofrecía dar al punto,
cedióme el caudal por junto
y estafó a los usureros.
Y la mujer, ¿qué fue de ella?
- CENT.
JUAN. Un escribano la pista 3265
la siguió, pero fue lista
y escapó.
- CENT.
JUAN.
CENT. ¿Moza?
- JUAN. Y muy bella.
Entrar hubiera debido
en los muebles de la casa.
Don Juan Tenorio no pasa 3270

- moneda que se ha perdido.
 Casa y bodega he comprado,
 dos cosas que, no os asombre,
 pueden bien hacer a un hombre
 vivir siempre acompañado; 3275
 como lo puede mostrar
 vuestra agradable presencia,
 que espero que con frecuencia
 me hagáis ambos disfrutar.
 Y nos haréis honra inmensa. 3280
 Y a mí vos. ¡Ciutti!
- ¿Señor?
- CENT.
 JUAN.
 CIUT.
 JUAN.
 AVELL.
 JUAN.
 Pon vino al Comendador.
(Señalando el vaso del puesto vacío.)
 Don Juan, ¿aún en eso piensa
 vuestra locura?
- ¡Sí, a fe!
- Que si él no puede venir, 3285
 de mí no podréis decir
 que en ausencia no le honré.
 ¡Ja, ja, ja! Señor Tenorio,
 creo que vuestra cabeza
 va menguando en fortaleza. 3290
 Fuera en mí contradictorio,
 y ajeno de mi hidalguía,
 a un amigo convidar
 y no guardarle el lugar
 mientras que llegar podría. 3295
 Tal ha sido mi costumbre
 siempre, y siempre ha de ser ésa;
 y el mirar sin él la mesa
 me da, en verdad, pesadumbre.
 Porque si el Comendador 3300
 es, difunto, tan tenaz
 como vivo, es muy capaz
 de seguimos el humor.
 Brindemos a su memoria,
 y más en él no pensemos. 3305
 Sea.
- CENT.
 JUAN.

CENT.	}	Brindemos.	
AVELL.			
JUAN.		Brindemos.	
CENT.			
JUAN.		A que Dios le dé su gloria. Mas yo, que no creo que haya más gloria que esta mortal, no hago mucho en brindis tal; mas por complaceros, ¡vaya!	3310
		Y brindo a Dios que te dé la gloria Comendador. <i>(Mientras beben se oye lejos un aldabonazo, que se supone dado en la puerta de la calle.)</i> Mas ¿llamaron?	
CIUT.		Sí, señor.	
JUAN.		Ve quién. <i>(Asomando por la ventana.)</i>	
CIUT.		A nadie se ve.	3315
		¿Quién va allá? Nadie responde. Algún chusco.	
CENT.		Algún menguado que al pasar habrá llamado sin mirar siquiera dónde. <i>(A CIUTTI.)</i>	
AVELL.		Pues cierra y sirve licor. <i>(Llaman otra vez más recio.)</i> Mas ¿llamaron otra vez?	3320
		Sí.	
JUAN.		Vuelve a mirar. ¡Pardiez!	
		A nadie veo, señor. ¡Pues, por Dios, que del bromazo quien es no se ha de alabar! Ciutti, si vuelve a llamar suéltale un pistoletazo. <i>(Llaman otra vez, y se oye un poco más cerca.)</i> ¿Otra vez?	3325
CIUT.	}	¡Cielos!	
AVELL.			
CENT.		¿Qué pasa?	

- CIUT. Que esa aldabada postrera
ha sonado en la escalera,
no en la puerta de la casa. 3330
- AVELL. }
CENT. } ¿Qué dices?
- CIUT. (*Levantándose asombrados.*)
Digo lo cierto
nada más: dentro han llamado
de la casa.
- JUAN. ¿Qué os ha dado?
¿Pensáis ya que sea el muerto?
Mis armas cargué con bala: 3335
Ciutti, sal a ver quién es.
(*Vuelven a llamar más cerca.*)
¿Oísteis?
- AVELL. ¡Por San Ginés,
CIUT. que eso ha sido en la antesala!
JUAN. ¡Ah! Ya lo entiendo; me habéis
3340
vosotros mismos dispuesto
esta comedia, supuesto
que lo del muerto sabéis.
Yo os juro, don Juan...
Y yo.
- AVELL. ¡Bah! Diera en ello el más topo,
CENT. y apuesto a que ese galopo
JUAN. los medios para ello os dio.
3345
Señor don Juan, escondido
algún misterio hay aquí.
(*Vuelven a llamar más cerca.*)
¡Llamaron otra vez!
- CIUT. Sí; 3350
y ya en el salón ha sido.
- JUAN. ¡Ya! Mis llaves en manojo
habréis dado a la fantasma,
y que entre así no me pasma;
3355
mas no saldrá a vuestro antojo,
ni me han de impedir cenar
vuestras farsas desdichadas.

(Se levanta, y corre los cerrojos de las puertas del fondo, volviendo a su lugar.)

Ya están las puertas certadas:
ahora el coco, para entrar,
tendrá que echarlas al suelo,
y en el punto que lo intente,
que con los muertos se cuente,
y apele después al cielo.

3360

CENT.
JUAN.
CENT.

¡Qué diablos! Tenéis razón.
¿Pues no temblabais?

Confieso

3365

que en tanto que no di en eso,
tuve un poco de aprensión.
¿Declaráis, pues, vuestro enredo?
Por mi parte, nada sé.
Ni yo.

JUAN.
AVELL.
CENT.
JUAN.

Pues yo volveré

3370

contra el inventor el miedo.
Mas sigamos con la cena;
vuelva cada uno a su puesto,
que luego sabremos de esto.
Tenéis razón.

AVELL.
JUAN

(Sirviendo a CENTELLAS.)

Cariñena:

3375

sé que os gusta, capitán.
Como que somos paisanos.
(A AVELLANEDA, sirviéndole de otra botella.)
Jerez a los sevillanos,
don Rafael.

CENT.
JUAN.

AVELL.

Habéis, don Juan,

3380

dado a entrambos por el gusto;
¿mas con cuál brindaréis vos?
Yo haré justicia a los dos.

JUAN.
CENT.
JUAN.
AVELL.
CENT.

Vos siempre estáis en lo justo.
Sí, a fe; bebamos.

Bebamos.

(Llaman a la misma puerta de la escena, fondo derecha.)

JUAN. Pesada me es ya la broma, 3385
mas veremos quién asoma
mientras en la mesa estamos.

(A CIUTTI, que se manifiesta asombrado.)

¿Y qué haces tú ahí, bergante?

¡Listo! Trae otro manjar: *(Vase CIUTTI.)* 3390
mas me ocurre en este instante

que nos podemos mofar

de los de afuera, invitándoles

a probar su sutileza,

entrándose hasta esta pieza

y sus puertas no franqueándoles. 3395

Bien dicho.

Idea brillante.

(Llaman fuerte, fondo derecha.)

¡Señores! ¿A qué llamar?

Los muertos se han de filtrar

por la pared; adelante.

(La estatua de DON GONZALO pasa por la puerta sin abrirla, y sin hacer ruido.)

ESCENA II

DON JUAN, CENTELLAS, AVELLANEDA, LA ESTATUA
DE DON GONZALO

CENT. ¡Jesús!

AVELL. ¡Dios mío!

JUAN. ¡Qué es esto! 3400

AVELL. Yo desfallezco. *(Cae desvanecido.)*

CENT. Yo expiro. *(Cae lo mismo.)*

JUAN. ¡Es realidad, o deliro!

Es su figura..., su gesto.

¿Por qué te causa pavor

quien convidado a tu mesa 3405

viene por ti?

JUAN. ¡Dios! ¿No es ésa
la voz del comendador?

ESTATUA.	Siempre supuse que aquí no me habías de esperar.	
JUAN.	Mientes, porque hice arrimar esa silla para ti.	3410
	Llega, pues, para que veas que aunque dudé en un extremo de sorpresa, no te temo, aunque el mismo Ulloa seas.	
ESTATUA.	¿Aún lo dudas?	3415
JUAN.	No lo sé.	
ESTATUA.	Pon, si quieres, hombre impío, tu mano en el mármol frío de mi estatua.	
JUAN.	¿Para qué?	
	Me basta oírlo de ti:	3420
ESTATUA.	cenemos, pues; mas te advierto...	
JUAN.	¿Qué?	
	Que si no eres el muerto, no vas a salir de aquí.	
ESTATUA.	¡Eh! Alzad. (<i>A CENTELLAS y AVELLANEDA.</i>) No pienses, no, que se levanten, don Juan;	3425
	porque en sí no volverán hasta que me ausente yo.	
	Que la divina clemencia del Señor para contigo, no requiere más testigo	3430
	que tu juicio y tu conciencia.	
	Al sacrilego convite que me has hecho en el panteón, para alumbrar tu razón	
	Dios asistir me permite.	3435
	Y heme que vengo en su nombre a enseñarte la verdad;	
	y es: que hay una eternidad tras de la vida del hombre.	
	Que numerados están los días que has de vivir, y que tienes que morir	3440

mañana mismo, don Juan.
Mas como esto que a tus ojos
está pasando, supones 3445
ser del alma aberraciones
y de la aprensión antojos,
Dios, en su santa clemencia,
te concede todavía,
don Juan, hasta el nuevo día 3450
para ordenar tu conciencia.
Y su justicia infinita
porque conozcas mejor,
espero de tu valor
que me pagues la visita. 3455
¿Irás, don Juan?

JUAN.

Iré, sí;

mas me quiero convencer
de lo vago de tu ser
antes que salgas de aquí.

ESTATUA.

(Coge una pistola.)

Tu necio orgullo delira,
don Juan: los hierros más gruesos 3460
y los muros más espesos
se abren a mi paso: mira.

(Desaparece LA ESTATUA sumiéndose por la pared.)

ESCENA III

DON JUAN, AVELLANEDA, CENTELLAS

JUAN.

¡Cielos! ¡Su esencia se trueca,
el muro hasta penetrar, 3465
cual mancha de agua que seca
el ardor canicular!

¿No me dijo: «El mármol toca
de mi estatua»? ¿Cómo, pues,
se desvanece una roca? 3470

¡Imposible! Ilusión es.
 Acaso su antiguo dueño
 mis cubas envenenó,
 y el licor tan vano ensueño
 en mi mente levantó. 3475
 ¡Mas si éstas que sombras creo
 espíritus reales son,
 que por celestial empleo
 llaman a mi corazón!,
 entonces, para que iguale 3480
 su penitencia don Juan
 con sus delitos, ¿qué vale
 el plazo ruin que le dan?
 ¡Dios me da tan sólo un día...!
 Si fuese Dios en verdad, 3485
 a más distancia pondría
 su aviso y mi etemidad.
 «Piensa bien que al lado tuyo
 me tendrás...», dijo de Inés
 la sombra, y si bien arguyo, 3490
 pues no la veo, sueño es.
 (*Trasparéntase en la pared la sombra de DOÑA
 INÉS.*)

ESCENA IV

DON JUAN, la SOMBRA DE DOÑA INÉS; CENTELLAS
 y AVELLANEDA, dormidos

SOMBRA.
 JUAN.
 SOMBRA.

Aquí estoy.
 ¡Cielos!
 Medita
 lo que al buen comendador
 has oído, y ten valor
 para acudir a su cita. 3495
 Un punto se necesita
 para morir con ventura;

elígele con cordura,
porque mañana, don Juan,
nuestros cuerpos dormirán
en la misma sepultura.
(Desaparece LA SOMBRA.)

3500

ESCENA V

DON JUAN, CENTELLAS, AVELLANEDA

JUAN.

Tente, doña Inés, espera;
y si me amas en verdad,
hazme al fin la realidad
distinguir de la quimera.

3505

Alguna más duradera
señal dame que segura
me pruebe que no es locura
lo que imagina mi afán,
para que baje don Juan
tranquilo a la sepultura.

3510

Mas ya me irrita, por Dios,
el verme siempre burlado,
corriendo desatentado
siempre de sombras en pos.

3515

¡Oh! Tal vez todo esto ha sido
por estos dos preparado,
y mientras se ha ejecutado,
su privación han fingido.

3520

Mas, por Dios, que si es así,
se han de acordar de don Juan.
¡Eh!, don Rafael, capitán.

Ya basta: alzaos de ahí.

(DON JUAN mueve a CENTELLAS y a AVELLANEDA, que se levantan como quien vuelve de un profundo sueño.)

¿Quién va?

Levantad.

¿Qué pasa?

CENT.
JUAN.
AVELL.

CENT.	¡Hola, sois vos!	
JUAN.	¿Dónde estamos?	3525
	Caballeros, claros vamos.	
	Yo os he traído a mi casa,	
	y temo que a ella al venir,	
	con artificio apostado	
	habéis, sin duda, pensado,	3530
	a costa mía reír:	
	mas basta ya de ficción,	
	y concludid de una vez.	
	Yo no os entiendo.	
CENT.	¡Pardiez!	
AVELL.	Tampoco yo.	
JUAN.	En conclusión,	
	¿nada habéis visto ni oído?	3535
CENT.	} ¿De qué?	
AVELL.		
JUAN.	No finjáis ya más.	
CENT.	Yo no he fingido jamás,	
AVELL.	señor don Juan.	
JUAN.	¡Habrá sido	
	realidad! ¿Contra Tenorio	3540
	las piedras se han animado,	
	y su vida han acotado	
	con plazo tan perentorio?	
	Hablad, pues, por compasión.	
CENT.	¡Voto va Dios! ¡Ya comprendo	
JUAN.	lo que pretendéis!	3545
	Pretendo	
	que me deis una razón	
	de lo que ha pasado aquí,	
	señores, o juro a Dios	
	que os haré ver a los dos	3550
	que no hay quien me burle a mí.	
CENT.	Pues ya que os formalizáis,	
	don Juan, sabed que sospecho	
	que vos la burla habéis hecho	
JUAN.	de nosotros.	
	¡Me insultáis!	3555

- CENT. No, por Dios; mas si cerrado
seguís en que aquí han venido
fantasmas, lo sucedido
oíd cómo me he explicado. 3560
Yo he perdido aquí del todo
los sentidos, sin exceso
de ninguna especie, y eso
lo entiendo yo de este modo.
- JUAN.
CENT. A ver, decídmelo, pues. 3565
Vos habéis compuesto el vino,
semejante desatino
para encajarnos después.
¡Centellas!
- JUAN.
CENT. Vuestro valor
al extremo por mostrar,
convidasteis a cenar 3570
con vos al comendador.
Y para poder decir
que a vuestro convite exótico
asistió, con un narcótico 3575
nos habéis hecho dormir.
Si es broma, puede pasar;
mas a ese extremo llevada,
ni puede probarnos nada,
ni os la hemos de tolerar. 3580
Soy de la misma opinión.
¡Mentís!
- Vos.
Vos, capitán.
Esa palabra, don Juan...
La he dicho de corazón. 3585
Mentís; no son a mis bríos
menester falsos portentos,
porque tienen mis alientos
su mejor prueba en ser míos.
- AVELL. }
CENT. } Veamos. (*Ponen mano a las espadas.*)
JUAN. }
Poned a tasa
vuestra furia, y vamos fuera,

	no piense después cualquiera	3590
	que os asesiné en mi casa.	
AVELL.	Decís bien..., mas somos dos.	
CENT.	Reñiremos, si os fiáis,	
	el uno del otro en pos.	
JUAN.	O los dos, como queráis.	3595
CENT.	¡Villano fuera, por Dios!	
	Elegid uno, don Juan,	
	por primero.	
JUAN.	Sedlo vos.	
CENT.	Vamos.	
JUAN.	Vamos, capitán.	

ACTO TERCERO

Misericordia de Dios, y apoteosis del Amor

Panteón de la familia Tenorio.—Como estaba en el acto primero de la Segunda parte, menos las estatuas de doña Inés y de don Gonzalo, que no están en su lugar.

ESCENA PRIMERA

DON JUAN, *embozado y distraído, entra en la escena lentamente*

Culpa mía no fue; delirio insano 3600
me anajenó la mente acalorada.
Necesitaba víctimas mi mano
que inmolar a mi fe desesperada,
y al verlos en mitad de mi camino,
presa les hice allí de mi locura. 3605
¡No fui yo, vive Dios!, ¡fue su destino!

³⁶⁰⁰ *El Laberinto se muestra duro con este desenlace del drama: «No podemos dar iguales alabanzas al desenlace y final del drama, convertido en un juego de linterna mágica con la aparición de tanto difunto y prolongado mucho más de lo justo, hasta tocar con aquella superabundancia de transformaciones en los excesos de las comedias de magia, hechas para divertir al vulgo en los días de Carnaval. Es verdad también que la maquinana, decoración y disposición de la escena es de lo más infeliz que buenamente imaginarse puede» (Zorrilla, pág. 416).*

Sabían mi destreza y mi ventura.
 ¡Oh! Arrebatado el corazón me siento
 por vértigo infernal..., mi alma perdida
 va cruzando el desierto de la vida 3610
 cual hoja seca que arrebató el viento.
 Dudo..., temo..., vacilo..., en mi cabeza
 siento arder un volcán..., muevo la planta
 sin voluntad, y humilla mi grandeza
 un no sé qué de grande que me espanta. 3615
(Un momento de pausa.)
 ¡Jamás mi orgullo concibió que hubiere
 nada más que el valor...! Que se aniquila
 el alma con el cuerpo cuando muere
 creí..., mas hoy mi corazón vacila.
 ¡Jamás creí en fantasmas...! ¡Desvaríos! 3620
 Mas del fantasma aquel, pese a mi aliento,
 los pies de piedra caminando siento,
 por doquiera que voy, tras de los míos.
 ¡Oh! Y me trae a este sitio irresistible,
 misterioso poder...
*(Levanta la cabeza y ve que no está en su pedestal
 la estatua de DON GONZALO.)*
 ¡Pero qué veo! 3625
 ¡Falta de allí su estatua...! Sueño horrible,
 déjame de una vez... No, no te creo.
 Sal, huye de mi mente fascinada,
 fatídica ilusión..., estás en vano
 con pueriles asombros empeñada 3630
 en agotar mi aliento sobrehumano.
 Si todo es ilusión, mentido sueño,
 nadie me ha de aterrorizar con trampantojos;
 si es realidad, querer es necio empeño
 aplacar de los cielos los enojos. 3635
 No: sueño o realidad, del todo anhelo
 vencerle o que me venza; y si piadoso
 busca tal vez mi corazón el cielo,
 que le busque más franco y generoso.
 La efigie de esa tumba me ha invitado 3640
 a venir a buscar prueba más cierta

de la verdad en que dudé obstinado...
 Heme aquí, pues: comendador, despierta.
(Llama al sepulcro del COMENDADOR.—Este sepulcro se cambia en una mesa que parodia horriblemente la mesa en que cenaron en el acto anterior DON JUAN, CENTELLAS y AVELLANEDA.—En vez de las guirrnaldas que cogían en pabellones sus manteles, de sus flores y lujoso servicio, culebras, huesos y fuego, etc. (A gusto del pintor.) Encima de esta mesa aparece un plato de ceniza, una copa de fuego y un reloj de arena.—Al cambiarse este sepulcro, todos los demás se abren y dejan paso a las osamentas de las personas que se suponen enterradas en ellos, envueltas en sus sudarios. Sombras, espectros y espíritus pueblan el fondo de la escena.—La tumba de DOÑA INÉS permanece.)

ESCENA II

DON JUAN, LA ESTATUA de DON GONZALO,
 LAS SOMBRAS

ESTATUA.	Aquí me tienes, don Juan, y he aquí que vienen conmigo los que tu eterno castigo de Dios reclamando están.	3645
JUAN. ESTATUA.	¡Jesús! ¿Y de qué te alteras, si nada hay que a ti te asombre, y para hacerte eres hombre plato con sus calaveras?	3650
JUAN. ESTATUA.	¡Ay de mí! Qué, ¿el corazón te desmaya?	
JUAN.	No lo sé; concibo que me engañé; no son sueños..., ¡ellos son!	3655

- (Mirando a los espectros.)
Pavor jamás conocido
el alma fiera me asalta,
y aunque el valor no me falta,
me va faltando el sentido.
ESTATUA. Eso es, don Juan, que se va 3660
concluyendo tu existencia,
y el plazo de tu sentencia
está cumpliéndose ya.
JUAN. ¡Qué dices!
ESTATUA. Lo que hace poco
que doña Inés te avisó, 3665
lo que te he avisado yo,
y lo que olvidaste loco.
Mas el festín que me has dado
debo volverte, y así
llega, don Juan, que yo aquí 3670
cubierto te he preparado.
¿Y qué es lo que ahí me das?
Aquí fuego, allí ceniza.
JUAN. El cabello se me eriza.
ESTATUA. Te doy lo que tú serás. 3675
JUAN. ¡Fuego y ceniza he de ser!
ESTATUA. Cual los que ves en redor:
en eso para el valor,
la juventud y el poder.
JUAN. Ceniza, bien; ¡pero fuego!
ESTATUA. El de la ira omnipotente,
do arderás eternamente
por tu desenfreno ciego.
JUAN. ¿Conque hay otra vida más
y otro mundo que el de aquí? 3685
¿Conque es verdad, ¡ay de mí!,
lo que no creí jamás?
¡Fatal verdad que me hiela
la sangre en el corazón!
Verdad que mi perdición 3690
solamente me revela.
¿Y ese reló?

- ESTATUA. Es la medida
de tu tiempo.
- JUAN. ¡Expira ya!
- ESTATUA. Sí; en cada grano se va
un instante de tu vida. 3695
- JUAN. ¿Y éstos me quedan no más?
- ESTATUA. Sí.
- JUAN. ¡Injusto Dios! Tu poder
me haces ahora conocer,
cuando tiempo no me das
de arrepentirme
- ESTATUA. Don Juan, 3700
un punto de contrición
da a un alma la salvación
y ese punto aún te le dan.
- JUAN. ¡Imposible! ¡En un momento
borrar treinta años malditos
de crímenes y delitos! 3705
- ESTATUA. Aprovéchale con tiento,
(Tocan a muerto.)
porque el plazo va a expirar,
y las campanas doblando
por ti están, y están cavando 3710
la fosa en que te han de echar.
(Se oye a lo lejos el oficio de difuntos.)
¿Conque por mí doblan?
- JUAN. Sí.
- ESTATUA. ¿Y esos cantos funerales?
Los salmos penitenciales,
que están cantando por ti. 3715
*(Se ve pasar por la izquierda luz de hachones, y re-
zan dentro.)*
- JUAN. ¿Y aquel entierro que pasa?
Es el tuyo.
- ESTATUA. ¡Muerto yo!
- JUAN. El capitán te mató
a la puerta de tu casa.
Tarde la luz de la fe
penetra en mi corazón, 3720

- pues crímenes mi razón
a su luz tan sólo ve.
Los ve... y con horrible afán:
porque al ver su multitud 3725
ve a Dios en la plenitud
de su ira contra don Juan.
¡Ah! Por doquiera que fui
la razón atropellé,
la virtud escarnecí 3730
y a la justicia burlé,
y emponzoñé cuanto vi.
Yo a las cabañas bajé
y a los palacios subí,
y los claustros escalé; 3735
y pues tal mi vida fue,
no, no hay perdón para mí.
¡Mas ahí estáis todavía
(A los fantasmas.)
con quietud tan pertinaz!
Dejadme morir en paz 3740
a solas con mi agonía.
Mas con esta horrenda calma,
¿qué me auguráis, sombras fieras?
¿Qué esperan de mí?
(A la estatua de DON GONZALO.)
Que mueras
para llevarse tu alma. 3745
Y adiós, don Juan; ya tu vida
toca a su fin, y pues vano
todo fue, dame la mano
en señal de despedida.
JUAN. ¿Muéstrame ahora amistad? 3750
ESTATUA. Sí: que injusto fui contigo,
y Dios me manda tu amigo
volver a la eternidad.
JUAN. Toma, pues.
ESTATUA. Ahora, don Juan,
pues desperdicias también 3755
el momento que te dan,

JUAN.

conmigo al infierno ven.
¡Aparta, piedra fingida!
Suelta, suéltame esa mano,
que aún queda el último grano

3760

en el reloj de mi vida.
Suéltala, que si es verdad
que un punto de contrición
da a un alma la salvación

3765

de toda una eternidad,
yo, Santo Dios, creo en Ti:
si es mi maldad inaudita,
tu piedad es infinita...

ESTATUA.

¡Señor, ten piedad de mí!
Ya es tarde.

(DON JUAN se hinca de rodillas, tendiendo al cielo la mano que le deja libre la estatua. Las sombras, esqueletos, etc., van a abalanzarse sobre él, en cuyo momento se abre la tumba de DOÑA INÉS y aparece ésta. DOÑA INÉS toma la mano que DON JUAN tiende al cielo.)

ESCENA III

DON JUAN, LA ESTATUA de DON GONZALO, DOÑA INÉS,
SOMBRAS, etc.

INÉS.

¡No! Heme ya aquí,
don Juan: mi mano asegura
esta mano que a la altura
tendió tu contrito afán,
y Dios perdona a don Juan
al pie de la sepultura.

3770

JUAN.
INÉS.

¡Dios clemente! ¡Doña Inés!
Fantasmas, desvaneceos:
su fe nos salva..., volveos

3775

JUAN.
INÉS.

a vuestros sepulcros, pues.
La voluntad de Dios es: 3780
de mi alma con la amargura
purifiqué su alma impura,
y Dios concedió a mi afán
la salvación de don Juan
al pie de la epultura. 3785
¡Inés de mi corazón!
Yo mi alma he dado por ti,
y Dios te otorga por mí
tu dudosa salvación.
Misterio es que en comprensión 3790
no cabe de criatura:
y sólo en vida más pura
los justos comprenderán
que el amor salvó a don Juan
al pie de la sepultura. 3795
Cesad, cantos funerales:
(Cesa la música y salmodia.)
callad, mortuorias campanas:
(Dejan de tocar a muerto.)
ocupad, sombras livianas,
vuestras urnas sepulcrales:
(Vuelven los esqueletos a sus tumbas, que se cierran.)
volved a los pedestales, 3800
animadas esculturas;
(Vuelven las estatuas a sus lugares.)
y las celestes venturas
en que los justos están,
empiecen para don Juan
en las mismas sepulturas. 3805
(Las flores se abren y dan paso a varios angelitos que rodean a DOÑA INÉS y a DON JUAN, derramando sobre ellos flores y perfumes, y al son de una música dulce y lejana, se ilumina el teatro con luz de aurora. DOÑA INÉS cae sobre un lecho de flores, que quedará a la vista en lugar de su tumba, que desaparece.)

ESCENA ÚLTIMA

DOÑA INÉS, DON JUAN, LOS ÁNGELES

JUAN.

¡Clemente Dios, gloria a Ti!
Mañana a los sevillanos
aterrará el creer que a manos
de mis víctimas caí.
Mas es justo: quede aquí 3810
al universo notorio
que, pues me abre el purgatorio
un punto de penitencia,
es el Dios de la clemencia
el Dios de *Don Juan Tenorio*. 3815
*(Cae DON JUAN a los pies de DOÑA INÉS, y
mueren ambos. De sus bocas salen sus almas re-
presentadas en dos brillantes llamas, que se pier-
den en el espacio al son de la música. Cae el telón.)*